

Los elementos esenciales de la oración

por

Eduardo M. Bounds

Acerca de Los fundamentos de la oración por EM Bounds

Título: Lo esencial de la oración

URL: <http://www.ccel.org/ccel/bounds/essentials.html>

Autor(es): Bounds, Edward M. (18351913)

Editor: Grand Rapids, MI: Christian Classics Ethereal Library

Derechos: Dominio público

Tabla del contenido de Los Elementos Esenciales de la Oración

Prólogo

- I. La Oración toma todo el Hombre.
 - II. La Oración y la Humildad
 - III. La Oración y la Devoción
 - IV. La Oración, la Alabanza y la Acción de Gracias
 - V. La Oración y el Conflicto
 - VI. La Oración y el Conflicto (continuación)
 - VII. La Oración y la Obra de Dios
 - VIII. La Oración y La Consagración
 - IX. La Oración y una Norma Religiosa Definitiva
 - X. La Oración Nacida de la Compasión
 - XI. La Oración Concertada
 - XII. La Universalidad de la Oración
 - XIII. La Oración y Misiones
- Índices

LOS ESENCIALES DE LA ORACIÓN

PREFACIO

El trabajo de editar los Libros de Vida Espiritual Bounds (de los cuales el presente volumen es el sexto) ha sido una labor de amor que ha traído gran provecho y bendición a mi propia alma. Después de años de estudio minucioso de los restos literarios de este gran cristiano, junto con la obra de otros místicos, estoy completamente convencido de que a muy pocos de los hijos de los hombres se les ha otorgado tal poder espiritual como el que se le otorgó a Edward McKendree Bounds. Verdaderamente era una luz que ardía y brillaba, y como dice The Sunday School Times , “era un especialista en la oración y sus libros son para la hora tranquila, para la meditación cuidadosa y para todos los que desean buscar y encontrar los tesoros de Dios.”

Fue mi gran privilegio conocer bien al autor, y también saber que su intención, en todo lo que escribió, era para la salvación de sus lectores. Los Elementos Esenciales de la Oración se envía con este espíritu. Que Dios la bendiga a muchos corazones y la use para la edificación y el fortalecimiento del carácter cristiano a lo largo y ancho de la tierra.

Homer W. Hodge

Flushing, Nueva York

Nota: La obra se título “Essentials of Prayer” en inglés, o sea, “Esenciales de la Oración”, pero por claridad, estoy cambiando este título a ser “Los Elementos esenciales de la Oración” para esta presente obra. --- Pastor David Russell Cox

I. LA ORACIÓN TOMA TODO EL HOMBRE

“Henry Clay Trumbull habló del Infinito en los términos de nuestro mundo, y del Eterno en las formas de nuestra vida humana. Hace algunos años, en un transbordador, me encontré con un señor que lo conocía, y le dije que la última vez que vi al Dr. Trumbull, quince días antes, me había hablado de él. 'Oh, sí', dijo mi amigo, 'era un gran cristiano, tan real, tan intenso. Estuvo en mi casa hace años y estuvimos hablando de la oración.' 'Bueno, Trumbull', le dije, 'no querrás decir que si perdieras un lápiz orarías por él y le pedirías a Dios que te ayude a encontrarlo' 'Por supuesto que lo haría; por supuesto que lo haría', fue su respuesta instantánea y emocionada. Por supuesto que lo haría. ¿No era su fe una cosa real? Al igual que el Salvador, expresó su doctrina con fuerza al tomar una ilustración extrema para encarnar su principio, pero el principio era fundamental.

Él confió en Dios en todo. Y el Padre honró la confianza de Su hijo.”—Robert E. Speer

La oración tiene que ver con el hombre entero. La oración abarca al hombre en todo su ser, mente, alma y cuerpo.

Se necesita todo el hombre para orar, y la oración afecta a todo el hombre en sus resultados llenos de gracia. Así como

toda la naturaleza del hombre entra en la oración, así también todo lo que pertenece al hombre es el beneficiario de la oración. Todo el hombre recibe beneficios en la oración. El hombre entero debe entregarse a Dios en la oración. Los mayores resultados de la oración le llegan a quien se da a sí mismo, todo de sí mismo, todo lo que le pertenece a sí mismo, a Dios. Este es el secreto de la plena consagración, y esta es una condición para la oración exitosa, y el tipo de oración que produce los mayores frutos.

Los hombres de antaño que trabajaban bien en la oración, que hacían que sucedieran las cosas más grandes, que movían a Dios a hacer grandes cosas, eran aquellos que se entregaban enteramente a Dios en su oración.

Dios quiere, y debe tener, todo lo que hay en el hombre para responder a sus oraciones. Debe tener hombres de todo corazón a través de los cuales llevar a cabo sus propósitos y planes con respecto a los hombres. Dios debe tener hombres en su totalidad. Ningún hombre de doble ánimo necesita postularse. Ningún hombre vacilante puede ser utilizado. Ningún hombre con una lealtad dividida hacia Dios, el mundo y el yo puede hacer la oración que se necesita.

La santidad es totalidad, y por eso Dios quiere hombres santos, hombres sinceros y verdaderos, para su servicio y para la obra de la oración. “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y ruego a Dios que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”

Esta es la clase de hombres que Dios quiere para los líderes de las huestes de Israel, y esta es la clase de la cual se forma la clase de oración.

El hombre es una trinidad en uno, y sin embargo el hombre no es ni una trinidad ni una criatura dual cuando ora, sino una unidad. El hombre es uno en todos los elementos esenciales y actos y actitudes de piedad. Alma, espíritu y cuerpo deben unirse en todo lo que pertenece a la vida ya la piedad.

El cuerpo, ante todo, se compromete en la oración, ya que asume la actitud orante en la oración.

La postración del cuerpo nos conviene en la oración tanto como la postración del alma. La actitud del cuerpo cuenta mucho en la oración, aunque es verdad que el corazón puede ser altivo y elevado, y la mente apática y vagabunda, y la oración una mera forma, aun cuando las rodillas están dobladas en oración.

Daniel se arrodilló sobre sus rodillas tres veces al día en oración. Salomón se arrodilló en oración en la dedicación del templo. Nuestro Señor en Getsemaní se postró en esa memorable temporada de oración justo antes de Su traición. Donde hay oración ferviente y fiel, el cuerpo siempre toma en la forma más adecuada al estado del alma en ese momento. El cuerpo, así, se une al alma en la oración.

Todo el hombre debe orar. Todo el hombre, la vida, el corazón, el temperamento, la mente están en él. Todos y todas se unen al ejercicio de oración. La duda, el doble ánimo, la división de los afectos son cosas ajenas al carácter y la conducta íntimos, inmaculados, emblanquecidos como la nieve, son potencias poderosas y las bellezas más apropiadas para la hora íntima y para las luchas de la oración.

Un intelecto leal debe conspirar y añadir la energía y el fuego de su fe inquebrantable e indivisa a esa especie de hora universal, la hora de la oración. Necesariamente la mente entra en la oración. En primer lugar, se necesita pensar para orar. El intelecto nos enseña que debemos orar. Pensando seriamente de antemano, la mente se prepara para acercarse

a un trono de gracia. El pensamiento precede a la entrada en el aposento y prepara el camino para la verdadera oración. Considera lo que se pedirá en la hora del armario. La verdadera oración no deja a la inspiración de la hora cuáles serán las peticiones de esa hora. Así como orar es pedir algo definido a Dios, así, de antemano, surge el pensamiento: “¿Qué pediré en esta hora?” Se eliminan todos los pensamientos vanos, malos y frívolos, y la mente se entrega enteramente a Dios, pensando en Él, en lo que se necesita y en lo que se ha recibido en el pasado. De todos modos, la oración, al abarcar al hombre entero, no deja de lado la mente. El primer paso en la oración es mental. Los discípulos dieron ese primer paso cuando le dijeron a Jesús una vez: “Señor, enséñanos a orar”. Debemos ser enseñados a través del intelecto, y solo en la medida en que el intelecto se entregue a Dios en la oración, seremos capaces de aprender bien y fácilmente la lección de la oración.

Pablo extiende la naturaleza de la oración a todo el hombre. Tiene que ser así. Se necesita al hombre completo para abrazar en sus simpatías divinas a toda la raza humana: las penas, los pecados y la muerte de la raza caída de Adán. Se requiere que el hombre completo corra paralelo con la alta y sublime voluntad de Dios para salvar a la humanidad. Se necesita al hombre completo para estar con nuestro Señor Jesucristo como el único Mediador entre Dios y el hombre pecador. Esta es la doctrina que Pablo enseña en su directorio de oración en el segundo capítulo de su primera Epístola a Timoteo.

En ninguna parte aparece tan claramente que se requiere que todo el hombre en todos los departamentos de su ser, ore, que en esta enseñanza de Pablo. Se requiere que todo el hombre ore hasta que todas las tormentas que agitan su alma se calmen hasta una gran calma, hasta que los vientos tormentosos y las olas cesen como por un hechizo divino. Se necesita todo el hombre para orar hasta que los tiranos crueles y los gobernantes injustos cambien en su naturaleza y vida, así como en sus cualidades de gobierno, o hasta que dejen de gobernar. Requiere que todo el hombre ore hasta que los eclesiásticos encumbrados, orgullosos y no espirituales se vuelvan amables, humildes y religiosos, hasta que la piedad y la seriedad gobiernen en la Iglesia y en el Estado, en el hogar y en los negocios, tanto en la vida pública como en la privada.

Es asunto del hombre orar; y se necesitan hombres varoniles para hacerlo. Es un asunto piadoso orar y se necesitan hombres piadosos para hacerlo. Y son los hombres piadosos los que se entregan por completo a la oración. La oración es de gran alcance en su

influencia y en sus efectos de gracia. Es un negocio intenso y profundo que tiene que ver con Dios y sus planes y propósitos, y se necesitan hombres de todo corazón para hacerlo. Ningún esfuerzo a medias, a medias, a medias de cerebro, a medias de espíritu servirá para este asunto celestial serio, de suma

importancia. Todo el corazón, todo el cerebro, todo el espíritu, debe estar en el asunto de la oración, que tan poderosamente afecta el carácter y el destino de los hombres.

La respuesta de Jesús al escriba acerca de cuál era el primer y mayor mandamiento fue la siguiente:

“El Señor nuestro Dios, el Señor uno es; Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas.”

En una palabra, todo el hombre sin reservas debe amar a Dios. Así que se necesita el mismo hombre completo para hacer la oración que Dios requiere de los hombres. Todos los poderes del hombre deben estar comprometidos en ello. Dios no puede tolerar un corazón dividido en el amor que requiere de los hombres, ni puede tolerar a un hombre dividido en la oración.

En el Salmo ciento diecinueve, el salmista enseña esta misma verdad con estas palabras: “Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y los que lo buscan de todo corazón”.

Se necesitan hombres de todo corazón para guardar los mandamientos de Dios y exige el mismo tipo de hombres para buscar a Dios. Estos son los que son contados como “bienaventurados”. Sobre estos de todo corazón descansa la aprobación de Dios.

Trayendo el caso más cerca de sí mismo, el salmista hace esta declaración en cuanto a su práctica:

“Con todo mi corazón te he buscado; Oh, no me dejes desviarme de tus mandamientos.”

Y más adelante, dándonos su oración por un corazón sabio y entendido, nos dice sus propósitos en cuanto a la observancia de la ley de Dios: “ Dame entendimiento y guardaré tu ley; Sí, lo observaré con todo mi corazón”.

Así como se requiere un corazón entero entregado a Dios para obedecer alegre y plenamente los mandamientos de Dios, así que se necesita todo el corazón para hacer una oración eficaz.

Debido a que requiere que todo el hombre ore, orar no es una tarea fácil. Orar es mucho más que simplemente doblar la rodilla y decir algunas palabras de memoria.

“No es suficiente doblar la rodilla, Y decir palabras de oración; El corazón debe estar de acuerdo con los labios, o de lo contrario no oramos.”

Orar no es un ejercicio ligero y trivial. Mientras que a los niños se les debe enseñar a orar temprano, orar no es tarea de niños. La oración se basa en toda la naturaleza del hombre. La oración compromete todos los poderes de la naturaleza moral y espiritual del hombre. Esto es lo que explica un poco la oración de nuestro Señor descrita en

Hebreos 5:7: *“Quien en los días de su carne, cuando había ofrecido oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía librarlo de la muerte, y fue oído en su temor.”*

Solo se necesita pensar por un momento para ver cómo tal oración de nuestro Señor atrajo poderosamente todos los poderes de Su ser, y llamó a ejercitar cada parte de Su naturaleza. Esta es la oración que acerca el alma a Dios y que baja a Dios a la tierra.

El cuerpo, el alma y el espíritu son gravados y sometidos al tributo de la oración. David Brainerd hace este registro de su oración: “Dios me permitió agonizar en oración hasta quedar empapado de sudor, aunque a la sombra y en un lugar fresco”.

El Hijo de Dios en Getsemaní estaba en una agonía de oración, que comprometió todo Su ser:

Lucas 22:40-44 *“Y estando en el lugar, les dijo: Orad para que no entréis en tentación. Y él se apartó de ellos como a tiro de piedra, y puesto de rodillas, oraba, diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerlo. y estando en un agonía, oró más intensamente; y su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.”*

Aquí estaba la oración que puso sus manos sobre cada parte de la naturaleza de nuestro Señor, que invocó todos los poderes de Su alma, Su mente y Su cuerpo. Esta era la oración que abarcaba al hombre entero.

Pablo estaba familiarizado con este tipo de oración. Al escribir a los cristianos romanos, insta a orar con él de esta manera: “Ahora bien, os ruego, hermanos, por el Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando a Dios por mí”.

Las palabras, “luchad conmigo”, habla de la oración de Pablo, y de cuánto puso en ella. No es una petición dócil, no es una cosa pequeña, esta especie de oración, este “luchar conmigo”. Tiene la naturaleza de una gran batalla, un conflicto que ganar, una gran batalla que librar. El cristiano que ora, como soldado, libra una lucha de vida o muerte. Su honor, su inmortalidad y la vida eterna están todos en él.

Esto es orar mientras el atleta lucha por el dominio y por la corona, y mientras lucha o corre una carrera. Todo depende de la fuerza que le ponga. Energía, ardor, rapidez, todo el poder de su naturaleza está en él. Todo poder es acelerado y tenso al máximo. La pequeñez, la tibieza, la debilidad y la pereza están todas ausentes.

Así como se necesita de todo el hombre para orar con éxito, a su vez el hombre completo recibe los beneficios de tal oración. Así como cada parte del complejo ser del hombre entra en oración verdadera, cada parte de esa misma naturaleza recibe bendiciones de Dios en respuesta a tal oración. Este tipo de oración involucra nuestros corazones indivisos, nuestro pleno consentimiento de ser del Señor, todos nuestros deseos.

Dios se encarga de que cuando todo el hombre ore, a su vez todo el hombre sea bendecido. Su cuerpo recibe el bien de la oración, porque mucha oración se hace específicamente para el cuerpo. Alimento y vestido, salud y vigor corporal, vienen en respuesta a la oración. La acción mental clara, el pensamiento correcto, una comprensión iluminada y poderes de razonamiento seguros provienen de la oración. La guía divina significa que Dios mueve e impresiona la mente de tal manera que tomaremos decisiones sabias y seguras. “A los mansos guiará en el juicio”.

Muchos predicadores que oran han recibido gran ayuda justo en este punto. La unción del Santo que viene sobre el predicador vigoriza la mente, afloja el pensamiento y da expresión.

Esta es la explicación de los días anteriores cuando los hombres de educación muy limitada tenían tan maravillosa libertad del Espíritu en la oración y en la predicación. Sus pensamientos fluían como una corriente de agua. Toda su maquinaria intelectual sintió el impulso de las graciosas influencias del Espíritu Divino.

Y, por supuesto, el alma recibe grandes beneficios en este tipo de oración. Miles pueden testificar de esta declaración. Así que repetimos, que así como el hombre entero entra en juego en la oración verdadera, ferviente y eficaz, así el hombre entero, alma, mente y cuerpo, recibe los beneficios de la oración.

II. ORACIÓN Y HUMILDAD

“Si dos ángeles fueran a recibir en el mismo momento una comisión de Dios, uno para bajar y gobernar el imperio más grandioso de la tierra, el otro para ir y barrer las calles de su aldea más humilde, sería un asunto de completa indiferencia para cada uno el servicio recaía en su suerte, el puesto de gobernante o el puesto de basurero; porque el gozo de los ángeles radica únicamente en la obediencia a la voluntad de Dios, y con igual gozo levantarían a un Lázaro en harapos al seno de Abraham, o serían un carro de fuego para llevar a un Elías a casa.”—John Newton

Ser humilde es tener una baja estimación de uno mismo. Es ser modesto, humilde, con disposición a buscar la oscuridad. La humildad se retira de la mirada pública. No busca publicidad ni busca lugares altos, ni le importa el protagonismo. La humildad es retraerse en su naturaleza. La humillación propia pertenece a la humildad. Se da a la autodesvalorización. Nunca se exalta a sí mismo a los ojos de los demás, ni siquiera a los ojos de sí mismo. La modestia es una de sus características más destacadas.

En la humildad existe la ausencia total de orgullo, y está a la distancia más lejana de cualquier cosa como el engrimiento. No hay alabanza propia en la humildad. Más bien tiene la disposición de alabar a los demás. “En honor prefiriéndonos unos a otros”. No es dado a la exaltación propia. La humildad no ama los asientos más altos ni aspira a los lugares altos. Está dispuesto a ocupar el asiento más bajo y prefiere aquellos lugares donde pasará desapercibido. La oración de humildad es de esta manera:

*“Nunca dejes que el mundo se rompa,
fija un gran abismo en medio;
Guárdame humilde y desconocido,
Preciado y amado sólo por Dios.”*

La humildad no tiene sus ojos en uno mismo, sino en Dios y en los demás. Es pobre de espíritu, manso de conducta, humilde de corazón. “Con toda humildad y mansedumbre, soportándolos con gran paciencia los unos a los otros en amor”.

La parábola del fariseo y el publicano es un breve sermón sobre la humildad y la alabanza propia. El fariseo, entregado al engrimiento, envuelto en sí mismo, viendo sólo sus propios actos de justicia propia, cataloga sus virtudes ante Dios, despreciando al pobre publicano que se mantiene alejado. Se exalta a sí mismo, se entrega a la alabanza propia, es egocéntrico y se va sin justificación, condenado y rechazado por Dios.

El publicano no ve nada bueno en sí mismo, está abrumado por el desprecio de sí mismo, muy alejado de todo lo que pueda atribuirse algún bien en sí mismo, no se atreve a levantar los ojos al cielo, sino que con el semblante abatido se golpea el pecho, y clama: “Dios, sé propicio a mí, pecador”.

Nuestro Señor con gran precisión nos da la continuación de la historia de estos dos hombres, uno completamente desprovisto de humildad, el otro completamente sumergido en el espíritu de autodesprecio y humildad de mente.

“Os digo que éste bajó a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será abatido; y el que se humilla será enaltecido.” Lucas 18:14.

Dios pone un gran precio a la humildad de corazón. Bueno es vestirse de humildad como de un vestido. Está escrito, “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”. lo que trae el alma orante cercana a Dios es humildad de corazón. Lo que da alas a la oración es la humildad de espíritu. Lo que da fácil acceso al trono de la gracia es el desprecio propio. El orgullo, la autoestima y la alabanza propia cierran eficazmente la puerta de la oración. El que venga a Dios debe acercarse a Él con el yo escondido de sus ojos. No debe envanecerse con vanidad, ni estar poseído por una sobreestimación de sus virtudes y buenas obras.

La humildad es una rara gracia cristiana, de gran precio en las cortes del cielo, entrando y siendo condición inseparable de la oración eficaz. Da acceso a Dios cuando fallan otras cualidades. Se necesitan muchas descripciones para describirlo, y muchas definiciones para definirlo. Es una gracia rara y retraída. Su retrato completo se encuentra solo en el Señor Jesucristo. Nuestras oraciones deben ser bajas antes de que puedan elevarse. Nuestras oraciones deben tener mucho polvo sobre ellas antes de que puedan tener mucho de la gloria de los cielos en ellas. En la enseñanza de nuestro Señor, la humildad tiene tal prominencia en Su sistema de religión, y es una característica tan distintiva de Su carácter, que dejarla fuera de Su lección sobre la oración sería muy indecoroso, no se correspondería con Su carácter y no sería encajar en Su sistema religioso.

La parábola del fariseo y el publicano se destaca con un relieve tan audaz que debemos volver a referirnos a ella. El fariseo parecía estar acostumbrado a la oración. Ciertamente él debería haber sabido en ese momento cómo orar, pero ¡ay! como muchos otros,

parecía no haber aprendido nunca esta lección invaluable. Sale del trabajo y de las horas de trabajo y camina con pasos firmes y fijos hasta la casa de oración.

La posición y el lugar están bien elegidos por él. Está el lugar sagrado, la hora sagrada y el nombre sagrado, todos y cada uno invocados por este hombre que aparentemente ora. Pero este eclesiástico orante, aunque instruido en la oración, por entrenamiento y por hábito, no ora. Las palabras son pronunciadas por él, pero las palabras no son oración. Dios escucha sus palabras solo para condenarlo. Un escalofrío de muerte ha venido de esos labios formales de oración: una maldición de muerte de parte de Dios está en sus palabras de oración. Una solución de orgullo ha envenenado por completo la ofrenda de oración de esa hora. Toda su oración ha estado impregnada de autoelogio, autofelicitación y autoexaltación. Esa temporada de ir al templo no ha tenido ningún tipo de adoración.

Por otro lado, el publicano, herido con un profundo sentido de sus pecados y de su pecaminosidad interna, dándose cuenta de cuán pobre es en espíritu, cuán completamente desprovisto de cualquier cosa como la justicia, la bondad o cualquier cualidad que lo encomiende a Dios, su el orgullo en su interior completamente abatido y muerto, cae humillado y desesperado ante Dios, mientras lanza un agudo grito de misericordia por sus pecados y su culpa. Un sentimiento de pecado y una comprensión de la absoluta indignidad ha fijado las raíces de la humildad en lo más profundo de su alma, y ha oprimido el yo, los ojos y el corazón hasta el polvo. Esta es la imagen de la humildad contra el orgullo en la oración. Aquí vemos en marcado contraste la absoluta inutilidad de la justicia propia, la exaltación y la alabanza propias en la oración, y el gran valor, la belleza y el elogio divino que viene de la humildad de corazón, el desprecio propio y la autocomplacencia. condenación cuando un alma se presenta ante Dios en oración.

Felices los que no tienen justicia propia para defender ni bondad propia de la cual jactarse. La humildad florece en el suelo de un verdadero y profundo sentido de nuestra pecaminosidad y nuestra nada. En ninguna parte la humildad crece tan rancia y tan rápidamente y brilla tan brillantemente como cuando se siente completamente culpable, confiesa todos los pecados y confía en toda la gracia. “Yo soy el primero de los pecadores, pero Jesús murió por mí”. Ese es el terreno de oración, el terreno de la humildad, bajo, aparentemente lejano, pero en realidad acercado por la sangre del Señor

Jesucristo. Dios habita en los lugares humildes. Él hace que esos lugares humildes sean realmente los lugares altos para el alma que ora.

*“Que el mundo se jacte de su virtud,
sus obras de justicia;
yo, un desgraciado deshecho y perdido,*

*Soy salvado gratuitamente por gracia;
otra marea renuncio,*

*Esta, solo esta, es toda mi súplica,
Yo soy el primero de los pecadores,
Pero Jesús murió por mí”.*

La humildad es un requisito indispensable de la verdadera oración. Debe ser un atributo, una característica de la oración. La humildad debe estar en el carácter de oración como la luz está en el sol. La oración no tiene principio, ni fin, ni ser, sin humildad. Como se hace un barco para el mar, así se hace la oración para la humildad, y así se hace la humildad para la oración.

La humildad no es abstracción de uno mismo, ni ignora el pensamiento sobre uno mismo. Es un principio de muchas fases. La humildad nace al mirar a Dios y Su santidad, y luego mirarse a uno mismo y la falta de santidad del hombre. La humildad ama la oscuridad y el silencio, teme los aplausos, estima las virtudes de los demás, disculpa sus faltas con mansedumbre, perdona fácilmente las injurias, teme cada vez menos el desprecio y ve bajeza y falsedad en el orgullo. Una verdadera nobleza y grandeza está en la humildad. Conoce y venera las inestimables riquezas de la Cruz y las humillaciones de Jesucristo. Teme el brillo de las virtudes admiradas por los hombres, y ama las más secretas y apreciadas por Dios.

Saca consuelo incluso de sus propios defectos, a través de la humillación que ocasionan. Prefiere cualquier grado de escrúpulo ante toda luz del mundo.

Algo después de este orden de descripción es esa gracia definible de la humildad, tan perfectamente dibujada en la oración del publicano, y tan completamente ausente de la oración del fariseo. Se necesitan muchas sesiones para hacer una buena imagen de ella.

La humildad tiene en su custodia la vida misma de la oración. Ni el orgullo ni la vanidad pueden orar. La humildad, sin embargo, es mucho más que la ausencia de vanidad y orgullo. Es una cualidad positiva, una fuerza sustancial, que dinamiza la oración. No hay poder en la oración para ascender sin ella. La humildad brota de una estimación humilde de nosotros mismos y de nuestros méritos. El fariseo no oraba, aunque estaba bien instruido y habituado a orar, porque no había humildad en su oración. El publicano oraba, aunque prohibido por el público y sin recibir estímulo del sentimiento de la Iglesia, porque oraba con humildad. Vestirse de humildad es vestirse con un manto de oración. La humildad es simplemente sentirse pequeño porque somos pequeños. La humildad es darse cuenta de nuestra indignidad porque somos indignos, el sentirnos y declararnos pecadores porque somos pecadores. Arrodillarse bien nos viene como actitud de oración, porque presagia humildad.

La orgullosa estima que el fariseo tenía de sí mismo y su supremo desprecio por su prójimo le cerraban las puertas de la oración, mientras que la humildad las abría de par en par al publicano difamado y vilipendiado.

Ese temible dicho de nuestro Señor acerca de las obras de los grandes obreros religiosos en la última parte del

Sermón del Monte, es provocado por estimaciones orgullosas del trabajo y estimaciones erróneas de la oración:

“Muchos me dirán en aquel día: Señor Señor, ¿no profetizamos en tu nombre? y en tu nombre echa fuera demonios? y en tu nombre hecho muchas obras maravillosas? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad”.

La humildad es el primer y último atributo de la religión cristiana, y el primer y último atributo de la oración cristiana. No hay Cristo sin humildad. No hay oración sin humildad. Si quieres aprender bien el arte de orar, aprende bien la lección de la humildad.

¡Cuán graciosa e imperativa se vuelve para nosotros la actitud de humildad! La humildad es una de las actitudes inmutables y exigentes de la oración. Polvo, ceniza, tierra sobre la cabeza, cilicio para el cuerpo y ayuno para los apetitos, eran los símbolos de humildad para los santos del Antiguo Testamento.

El cilicio, el ayuno y las cenizas le dieron a Daniel una humildad ante Dios, y le trajeron a Gabriel.

A los ángeles les gustan los hombres de cilicio y ceniza.

¡Cuán humilde la actitud de Abraham, el amigo de Dios, cuando suplicaba a Dios que detuviera Su ira contra Sodoma! “Que no soy más que cilicio y ceniza”. ¡Con qué humildad se presenta Salomón ante Dios! Su grandeza se rebaja, y su gloria y majestad se retiran cuando asume la actitud correcta ante Dios: “Soy un niño, y no sé salir ni entrar”.

El orgullo de hacer envía su veneno a través de nuestra oración. El mismo orgullo de ser infecta todas nuestras oraciones, por muy bien redactadas que sean. Fue esta falta de humildad, este aplauso propio, esta exaltación propia, lo que impidió que el hombre más religioso de los días de Cristo fuera aceptado por Dios. Y lo mismo nos impedirá en este día ser aceptados por Él.

*“¡Oh, que ahora pueda disminuir!
¡Oh, que todo lo que soy pueda cesar!
¡Déjame caer en la nada!
Que mi Señor sea todo en todos”.*

III. LA ORACIÓN Y DEVOCIÓN

“Una vez, mientras cabalgaba hacia el bosque por motivos de salud, en 1737, después de haberme apeado de mi caballo en un lugar retirado, ya que mi costumbre solía ser caminar para la contemplación divina y la oración, tuve una vista que para mí era extraordinaria, de la gloria del Hijo de Dios. Por lo que puedo juzgar, esto continuó alrededor de una hora; y me tuvo la mayor parte del tiempo en un mar de lágrimas y llorando en voz alta. Sentí un ardor de alma por ser lo que no sé expresar de otro modo, vaciado y aniquilado; amarlo con un amor santo y puro; servirle y seguirle; ser perfectamente santificado y hecho puro con una pureza divina y celestial.”—Jonathan Edwards

La devoción tiene un significado religioso. La raíz de la devoción es dedicarse a un uso sagrado. De modo que la devoción en su verdadero sentido tiene que ver con el culto religioso. Está íntimamente conectado con la verdadera oración. La devoción es el estado de ánimo particular que se encuentra en alguien enteramente dedicado a Dios. Es el espíritu de reverencia, de asombro, de temor piadoso. Es un estado del corazón que se presenta ante Dios en oración y adoración. Es ajena a todo, como la ligereza de espíritu, y se opone a la ligereza, al ruido ya la bravuconería. La devoción mora en el reino de la quietud y está quieta ante Dios. Es serio, reflexivo, meditativo.

La devoción pertenece a la vida interior y vive en el armario, pero también aparece en los servicios públicos del santuario. Es una parte del espíritu mismo de la adoración verdadera, y es de la naturaleza del espíritu de oración.

La devoción pertenece al hombre devoto, cuyos pensamientos y sentimientos están consagrados a Dios. Tal hombre tiene una mente entregada por completo a la religión, y posee un fuerte afecto por Dios y un amor ardiente por Su casa. Cornelio era “varón piadoso, temeroso de Dios con toda su casa, que daba muchas limosnas al pueblo, y oraba en todo tiempo”. “Hombres piadosos llevaron a Esteban a su sepultura”.

“Un tal Ananías, hombre piadoso, conforme a la ley”, fue enviado a Saulo cuando estaba ciego, para decirle lo que el Señor quería que hiciera. Dios puede usar maravillosamente a tales hombres, porque los hombres devotos son sus agentes escogidos para llevar adelante sus planes.

La oración promueve el espíritu de devoción, mientras que la devoción es favorable a la mejor oración. La devoción fomenta la oración y ayuda a llevar la oración al objeto que busca. La oración prospera en la atmósfera de la verdadera devoción. Es fácil orar

cuando se está en el espíritu de devoción. La actitud mental y el estado del corazón implicados en la devoción hacen que la oración sea eficaz para alcanzar el trono de la gracia.

Dios habita donde reside el espíritu de devoción. Todas las gracias del Espíritu se nutren y crecen bien en el ambiente creado por la devoción. De hecho, estas gracias no crecen en ningún otro lugar sino aquí. La ausencia de un espíritu devocional significa la muerte de las gracias nacidas en un corazón renovado. La verdadera adoración encuentra simpatía en la atmósfera creada por un espíritu de devoción. Mientras que la oración ayuda a la devoción, al mismo tiempo la devoción reacciona sobre la oración y nos ayuda a orar.

La devoción compromete el corazón en la oración. No es tarea fácil para los labios tratar de orar mientras el corazón está ausente de ella. La acusación que Dios hizo en un tiempo contra Su antiguo Israel fue que lo honraban con los labios mientras que sus corazones estaban lejos de Él.

La esencia misma de la oración es el espíritu de devoción. Sin devoción, la oración es una forma vacía, una vana ronda de palabras. Lamentablemente, mucho de este tipo de oración prevalece hoy en la Iglesia. Esta es una era ocupada, bulliciosa y activa, y este espíritu bullicioso ha invadido la Iglesia de Dios. Su religioso las actuaciones son muchas. La Iglesia trabaja en la religión con el orden, la precisión y la fuerza de una verdadera maquinaria. Pero con demasiada frecuencia funciona con la crueldad de la máquina. Hay mucho del movimiento de la rueda de ardimiento en nuestra ronda incesante y rutina de actividades religiosas. Oramos sin orar.

Cantamos sin cantar con el Espíritu y el entendimiento. Tenemos música sin que la alabanza de Dios esté en ella o cerca de ella. Vamos a la iglesia por costumbre y volvemos a casa muy contentos cuando se pronuncia la bendición. Leemos nuestro capítulo acostumbrado en la Biblia y nos sentimos bastante aliviados cuando terminamos la tarea. Decimos nuestras oraciones de memoria, como un escolar recita su lección, y no nos arrepentimos cuando se pronuncia el Amén.

La religión tiene que ver con todo menos con nuestros corazones. Ocupa nuestras manos y pies, se apodera de nuestras voces, pone sus manos sobre nuestro dinero, afecta incluso las posturas de nuestros cuerpos, pero no se apodera de nuestros afectos, nuestros deseos, nuestro celo, y nos hace serio, desesperadamente serio, y hacer que

estemos tranquilos y en adoración en la presencia de Dios. Las afinidades sociales nos atraen a la casa de Dios, no el espíritu de la ocasión. La pertenencia a la iglesia nos mantiene de una manera decente en la conducta externa y con cierta sombra de lealtad a nuestros votos bautismales, pero el corazón no está en la cosa. Permanece frío, formal y no impresionado en medio de todo este desempeño externo, mientras nos entregamos a la autocomplacencia de que nos está yendo maravillosamente bien religiosamente.

¿Por qué todos estos tristes defectos de nuestra piedad? ¿Por qué esta perversión moderna de la verdadera naturaleza de la religión de Jesucristo? ¿Por qué el tipo moderno de religión se parece tanto a un joyero, sin las joyas preciosas? ¿Por qué tanto de este manejo de la religión con las manos, a menudo no demasiado limpias o sin mancha, y tan poco sentido en el corazón y testificado en la vida?

La gran carencia de la religión moderna es el espíritu de devoción. Escuchamos sermones con el mismo espíritu con el que escuchamos una conferencia o escuchamos un discurso. Visitamos la casa de Dios como si fuera un lugar común, a la altura del teatro, la sala de conferencias o el foro. Consideramos al ministro de Dios no como el hombre de Dios divinamente llamado, sino simplemente como una especie de orador público, en un plano con el político, el abogado, el orador promedio o el conferencista. ¡Oh, cómo el espíritu de verdadera y genuina devoción cambiaría radicalmente todo esto para bien! Manejamos las cosas sagradas como si fueran las cosas del mundo. Incluso el sacramento de la Cena del Señor se convierte en una mera representación religiosa, sin preparación previa para ella, y sin meditación ni oración después. Incluso el sacramento del Bautismo ha perdido mucho de su solemnidad y ha degenerado en una mera forma, sin nada especial en él.

Necesitamos el espíritu de devoción, no sólo para salvar nuestras secularidades, sino para hacer de la oración verdaderas oraciones. Necesitamos poner el espíritu de devoción en los asuntos del lunes así como en la adoración del domingo. Necesitamos el espíritu de devoción, para recordar siempre la presencia de Dios, para estar siempre haciendo la voluntad de Dios, para dirigir todas las cosas siempre a la gloria de Dios.

El espíritu de devoción pone a Dios en todas las cosas. Pone a Dios no solo en nuestra oración y en nuestra Iglesia, sino en todas las preocupaciones de la vida. “Ya sea que coman o beban, o cualquier otra cosa que hagan, háganlo todo para la gloria de Dios.” El espíritu de devoción hace sagradas las cosas comunes de la tierra, y grandes las cosas

pequeñas. Con este espíritu de devoción, vamos a los negocios el lunes dirigidos por la misma influencia e inspirados por las mismas influencias por las que fuimos a la Iglesia el domingo. El espíritu de devoción hace del sábado un sábado y transforma la tienda y la oficina en un templo de Dios.

El espíritu de devoción quita la religión de ser una fina capa y la pone en la vida misma y el ser de nuestras almas. Con ella la religión deja de ser una mera obra y se convierte en un corazón, enviando su rica sangre por cada arteria y latiendo con las pulsaciones de vida vigorosa y radiante.

El espíritu de devoción no es simplemente el aroma de la religión, sino el tallo y el tallo sobre el cual crece la religión. Es la sal que penetra y hace sabrosos todos los actos religiosos. Es el azúcar que endulza el deber, la abnegación y el sacrificio. Es el colorido brillante que alivia la monotonía de las representaciones religiosas. Disipa la frivolidad y ahuyenta toda forma de culto superficial, y hace del culto un servicio serio y profundo, impregnando cuerpo, alma y espíritu con su infusión celestial. Preguntémonos con toda seriedad, ¿nos ha dejado este ángel supremo del cielo, este espíritu celestial de devoción, este ángel más brillante y mejor de la tierra? Cuando el ángel de la devoción se ha ido, el ángel de la oración ha perdido sus alas y se convierte en una cosa deformada y sin amor.

El ardor de la devoción está en la oración. En **Apocalipsis 4:8**, leemos: “*Y no descansan de día ni de noche, diciendo: Santo, Santo, Santo, Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir*”. La inspiración y el centro de su entusiasta devoción es la santidad de Dios. Esa santidad de Dios reclama su atención, inflama su devoción. No hay nada frío, nada aburrido, nada fastidioso en ellos o en su adoración celestial. “*No descansan ni de día ni de noche*”. ¡Qué celo! ¡Qué infatigable ardor e incesante éxtasis! El ministerio de la oración, si es algo digno de ese nombre, es un ministerio de ardor, un ministerio de incansable e intenso anhelo de Dios y de su santidad.

El espíritu de devoción impregna a los santos en el cielo y caracteriza la adoración de las inteligencias angelicales del cielo. No hay criaturas sin devoción en ese mundo celestial. Dios está allí, y Su misma presencia engendra el espíritu de reverencia, de asombro y de temor filial. Si queremos ser partícipes con ellos después de la muerte, primero debemos aprender el espíritu de devoción en la tierra antes de llegar allí.

Estas criaturas vivientes en su actitud inquieta e incansable hacia Dios, y su devoción embelesada a Su santidad, son los símbolos e ilustraciones perfectos de la verdadera oración y su ardor. La oración debe estar en llamas. Su ardor debe consumir. La oración sin fervor es como un sol sin luz ni calor, o como una flor sin belleza ni fragancia. Un alma devota de Dios es un alma ferviente, y la oración es la criatura de esa llama. Sólo puede orar verdaderamente quien está resplandeciente de santidad, de Dios y del cielo.

La actividad no es fuerza. El trabajo no es celo. Moverse no es devoción. La actividad a menudo es el síntoma no reconocido de la debilidad espiritual. Puede ser perjudicial para la piedad cuando se la sustituye por la verdadera devoción en la adoración. El potro es mucho más activo que su madre, pero ella es el caballo de rueda del equipo, tirando de la carga sin ruido, bravuconería o espectáculo. El niño es más activo que el padre, quien puede estar llevando el gobierno y las cargas de un imperio sobre su corazón y sus hombros. El entusiasmo es más activo que la fe, aunque no puede mover montañas ni poner en acción ninguna de las fuerzas omnipotentes que la fe puede comandar.

Una actividad religiosa débil, animada y ostentosa puede surgir de muchas causas. En la vida de la Iglesia de hoy en día, hay mucho movimiento, mucha agitación, muchas cosas que van aquí y allá, pero, lamentablemente, extrañamente falta el espíritu de devoción genuina y sincera. Si hay vida espiritual real, brotará de ella una actividad profunda. Pero es una actividad que brota de la fuerza y no de la debilidad. Es una actividad que tiene raíces profundas, muchas y fuertes.

En la naturaleza de las cosas, la religión debe mostrar mucho de su crecimiento sobre la tierra. Mucho se verá y será evidente a los ojos. Debe verse la flor y el fruto de una vida santa, abundante en buenas obras. No puede ser de otra manera. Pero el crecimiento superficial debe basarse en un crecimiento vigoroso de vida invisible y raíces ocultas. En lo profundo de la naturaleza renovada deben ir las raíces de la religión que se ve en el exterior. Lo externo debe tener una profunda base interna. debe haber mucho de lo invisible y del crecimiento subterráneo, o de lo contrario la vida será débil y efímera y el crecimiento externo enfermizo e infructuoso.

En el Libro del profeta Isaías están escritas estas palabras:

“Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; remontarán con alas como águilas; correrán y no se cansarán; y caminarán y no se fatigarán.” Isaías 40:31.

Esta es la génesis de todo el asunto de la actividad y la fuerza de los más enérgicos, inagotables y naturaleza incansable. Todo esto es el resultado de esperar en Dios.

Puede haber mucha actividad inducida por el ejercicio, creada por el entusiasmo, el producto de la debilidad de la carne, la inspiración de fuerzas volátiles y de corta duración. La actividad se hace a menudo a expensas de elementos más sólidos y útiles, y generalmente con total descuido de la oración. Estar demasiado ocupado con la obra de Dios para tener comunión con Dios, estar ocupado con la obra de la Iglesia sin tomarse el tiempo para hablar con Dios acerca de Su obra, es el camino a la reincidencia, y muchas personas han caminado por él para perjuicio de sus almas inmortales.

No obstante gran actividad, gran entusiasmo y mucha alegría por el trabajo, el trabajo y la actividad no serán más que ceguera sin el cultivo y la madurez de las gracias de la oración.

IV. LA ORACIÓN, ALABANZA Y ACCIÓN DE GRACIAS

"Dr. AJ Gordon describe la impresión que tuvo en su mente la relación con Joseph Rabinowitz, a quien el Dr. Delitzsch consideraba el converso judío más notable desde Saulo de Tarso: 'No olvidaremos pronto el resplandor que aparecía en su rostro mientras exponía los salmos mesiánicos. en nuestro culto matutino o vespertino, y cómo, cuando vislumbraba aquí y allá al Cristo sufriente o glorificado, de repente levantaba sus manos y sus ojos al cielo en un estallido de adoración, exclamando con Tomás después de haber visto el huellas de clavos, "Señor mío, y Dios mío."'"—D. M. McIntyre

La oración, la alabanza y la acción de gracias van en compañía. Existe una estrecha relación entre ellos. La alabanza y la acción de gracias son tan parecidas que no es fácil distinguirlas o definir las por separado. Las Escrituras unen estas tres cosas. Muchos son los motivos de acción de gracias y alabanza. Los Salmos están llenos de muchos cánticos de alabanza e himnos de acción de gracias, todos apuntando hacia los resultados de la oración. Acción de gracias incluye gratitud. De hecho, la acción de gracias no es más que la expresión de una gratitud interna consciente a Dios por las misericordias recibidas. La gratitud es una emoción interna del alma, que surge involuntariamente en ella, mientras que la acción de gracias es la expresión voluntaria de la gratitud.

La acción de gracias es oral, positiva, activa. Es dar algo a Dios. Acción de gracias sale a la luz. La gratitud es secreta, silenciosa, negativa, pasiva, no muestra su ser hasta que se expresa en alabanza y acción de gracias. La gratitud se siente en el corazón. La acción de gracias es la expresión de ese sentimiento interior.

Acción de gracias es exactamente lo que la palabra misma significa: dar gracias a Dios. Es dar algo a Dios en palabras que sentimos en el corazón por las bendiciones recibidas. La gratitud surge de la contemplación de la bondad de Dios. Es engendrado por la meditación seria sobre lo que Dios ha hecho por nosotros. Tanto la gratitud como la acción de gracias apuntan y tienen que ver con Dios y sus misericordias. El corazón está conscientemente agradecido a Dios. El alma expresa esa sentida gratitud a Dios en palabras o actos.

La gratitud nace de la meditación sobre la gracia y la misericordia de Dios. *"Grandes cosas han hecho el Señor por nosotros, de las cuales nos alegramos"*. Aquí vemos el valor de la meditación seria. *"Mi meditación en él será dulce"*. La alabanza es engendrada por la gratitud y una obligación consciente hacia Dios por las misericordias

dadas. Cuando pensamos en las misericordias pasadas, el corazón se conmueve interiormente a la gratitud.

*“Amo pensar en las misericordias pasadas,
Y en el bien futuro implorar;
Y todas mis preocupaciones y dolores echados
sobre Aquel a quien adoro.”*

El amor es hijo de la gratitud. El amor crece a medida que se siente gratitud, y luego estalla en alabanza y acción de gracias a Dios: *“Amo al Señor porque ha oído mi voz y mi súplica”*.

Las oraciones contestadas causan gratitud, y la gratitud produce un amor que declara que no cesará de orar: *“Por cuanto él inclinó a mí su oído, por eso lo invocaré mientras viva”*.

La gratitud y el amor se mueven hacia una oración más grande y aumentada.

Pablo apela a los romanos para que se dediquen enteramente a Dios, sacrificio vivo, y al motivo constrictivo son las misericordias de Dios:

“Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”.

La consideración de las misericordias de Dios no sólo engendra gratitud, sino que induce a una gran consagración a Dios de todo lo que tenemos y somos. De modo que la oración, la acción de gracias y la consagración están unidas inseparablemente.

La gratitud y la acción de gracias siempre miran hacia el pasado, aunque también pueden abarcar el presente.

Pero la oración siempre mira hacia el futuro. El Día de Acción de Gracias se ocupa de las cosas ya recibidas. La oración trata de las cosas deseadas, pedidas y esperadas. La oración se convierte en gratitud y alabanza cuando las cosas que se piden han sido concedidas por Dios.

Así como la oración nos trae cosas que engendran gratitud y acción de gracias, así la alabanza y la gratitud promover la oración, e inducir a más oración y mejor oración.

La gratitud y la acción de gracias se oponen para siempre a todas las murmuraciones por el trato de Dios con nosotros, ya todas las quejas por nuestra suerte. La gratitud y la murmuración nunca moran en el mismo corazón al mismo tiempo. Un espíritu desagradecido no tiene posición al lado de la gratitud y la alabanza. Y la verdadera oración corrige las quejas y promueve la gratitud y la acción de gracias. La insatisfacción por la suerte que uno tiene y la disposición a estar descontento con las cosas que nos llegan en la providencia de Dios son enemigos de la gratitud y enemigos de la acción de gracias.

Los murmuradores son gente malagradecida. Los hombres y mujeres agradecidos no tienen ni el tiempo ni la disposición para detenerse y quejarse. La pesadilla del viaje por el desierto de los israelitas en su camino a Canaán fue su propensión a murmurar y quejarse contra Dios y Moisés. Por esto, Dios se entristeció grandemente varias veces, y se necesitó la oración fuerte de Moisés para evitar la ira de Dios a causa de estas murmuraciones. La ausencia de gratitud no dejaba lugar ni disposición para la alabanza y la acción de gracias, como siempre. Pero cuando estos mismos israelitas fueron llevados a través del Mar Rojo calzados en seco, mientras sus enemigos eran destruidos, hubo un canto de alabanza dirigido por Miriam, la hermana de Moisés. Uno de los principales pecados de estos israelitas fue el olvido de Dios y sus misericordias, y la ingratitude de alma. Esto provocó murmuraciones y falta de alabanza, como siempre ocurre.

Cuando Pablo escribe a los colosenses que dejen que la palabra de Cristo more abundantemente en sus corazones y que la paz de Dios gobierne en ellos, les dice: “*y sed agradecidos*”, y agrega, “*exhortándoos a vosotros mismos con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor.*”

Más adelante, al escribir a estos mismos cristianos, una oración y acción de gracias:

“Perseverad en la oración, y velad en ella con acción de gracias”.

Y escribiendo a los tesalonicenses, vuelve a unirse a ellos:

“Gozaos siempre. orar sin cesar Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios con respecto a vosotros”.

“Te damos gracias, Señor del cielo y de la tierra, que nos has preservado desde nuestro nacimiento;

Nos redimiste a menudo de la muerte y el terror, Y con Tus dones nuestra mesa fue servida.”

Dondequiera que haya verdadera oración, allí se encuentran la acción de gracias y la gratitud, listas para responder a la respuesta cuando llegue. Porque así como la oración trae la respuesta, la respuesta trae gratitud y alabanza. Así como la oración pone a Dios a trabajar, así la oración contestada pone a trabajar la acción de gracias. La acción de gracias sigue a la oración contestada al igual que el día sucede a la noche.

La verdadera oración y gratitud conducen a la plena consagración, y la consagración conduce a más oración y mejor orando. Una vida consagrada es tanto una vida de oración como una vida de acción de gracias.

El espíritu de alabanza fue una vez el alarde de la Iglesia primitiva. Este espíritu moraba en los tabernáculos de estos primeros cristianos, como una nube de gloria desde la cual Dios resplandecía y hablaba. Llenó sus sienes con el perfume de un incienso costoso y ardiente. Que este espíritu de alabanza es lamentablemente deficiente en nuestras congregaciones actuales debe ser evidente para todo observador cuidadoso. Que es una fuerza poderosa en la proyección del Evangelio, y su cuerpo de fuerzas vitales, debe ser igualmente evidente. Restaurar el espíritu de alabanza en nuestras congregaciones debe ser uno de los puntos principales de todo verdadero pastor. El estado normal de la Iglesia se establece en la declaración hecha a Dios en el **Salmo 65**: *“La alabanza te espera, oh Señor, ya ti se cumplirá el voto”*.

La alabanza está tan clara y definitivamente unida a la oración, tan inseparablemente unidas, que no pueden estar divorciado. La alabanza depende de la oración para alcanzar su máximo volumen y su más dulce melodía.

El canto es un método de alabanza, no el más alto, es cierto, pero es la forma ordinaria y habitual.

El servicio de canto en nuestras iglesias tiene mucho que ver con la alabanza, pues de acuerdo con el carácter del canto será la autenticidad o la medida de la alabanza. El canto puede estar dirigido de tal manera que tenga elementos que depraven y corrompan

la oración. Puede estar tan dirigido como para ahuyentar todo lo que sea acción de gracias y alabanza. Gran parte del canto moderno en nuestras iglesias es completamente ajeno a algo parecido a la alabanza sincera y sincera a Dios.

El espíritu de oración y de verdadera alabanza van de la mano. Ambos a menudo se disipan por completo por el canto frívolo, irreflexivo y ligero en nuestras congregaciones. Gran parte del canto carece de pensamiento serio y está desprovisto de todo como un espíritu devocional. Su lujuria y brillo no sólo pueden disipar todas las características esenciales de la adoración, sino que pueden sustituir el espíritu por la carne.

Dar gracias es la vida misma de la oración. Es su fragancia y su música, su poesía y su corona.

La oración que trae la respuesta deseada estalla en alabanza y acción de gracias. De modo que todo lo que interfiere y daña el espíritu de oración necesariamente daña y disipa el espíritu de alabanza.

El corazón debe tener en él la gracia de la oración para cantar la alabanza de Dios. El canto espiritual no debe hacerse por gusto o talento musical, sino por la gracia de Dios en el corazón. Nada ayuda a la alabanza con tanta fuerza como un renacimiento lleno de gracia de la verdadera religión en la Iglesia. La presencia consciente de Dios inspira el canto. Los ángeles y los glorificados en el cielo no necesitan captores artísticos que los guíen, ni les interesan los coros pagados para que participen con sus doxologías celestiales de alabanza y adoración. No dependen de las escuelas de canto para que les enseñen las notas y la escala del canto. Su canto brota involuntariamente del corazón.

Dios está inmediatamente presente en las asambleas celestiales de los ángeles y los espíritus de los hombres justos hechos perfectos. Su gloriosa presencia crea el canto, enseña el canto e impregna sus notas de alabanza. Es así en la tierra. La presencia de Dios engendra el canto y la acción de gracias, mientras que la ausencia de Dios en nuestras congregaciones es la muerte del canto o, lo que es lo mismo, hace que el canto sea inanimado, frío y formal. Su presencia consciente en nuestras iglesias traería de vuelta los días de alabanza y restauraría el coro completo de cánticos.

Donde abunda la gracia, abunda el canto. Cuando Dios está en el corazón, el cielo está presente y la melodía está allí, y los labios rebosan de la abundancia del corazón. Esto es

tan cierto en la vida privada del creyente como lo es en las congregaciones de los santos. La decadencia del canto, la extinción del espíritu de alabanza en el canto, significa la decadencia de la gracia en el corazón y la ausencia de la presencia de Dios en el pueblo.

El diseño principal de todo canto es para los oídos de Dios y para atraer Su atención y agradarle.

Es “al Señor”, para Su gloria y para Su honor. Ciertamente no es para la glorificación del coro pagado, para exaltar los maravillosos poderes musicales de los cantantes, ni para atraer a la gente a la iglesia, pero es para la gloria de Dios y el bien de las almas de la congregación. ¡Pobre de mí! ¡Cuánto se ha apartado de esta idea el canto de los coros de las iglesias de los tiempos modernos! No es de extrañar que no haya vida, ni poder, ni unción, ni espíritu, en gran parte del canto de la Iglesia que se escucha en este día. Es un sacrilegio que cualquiera que no sean corazones santificados y labios santos dirija la parte del canto del servicio de la casa de oración de Dios. Gran parte del canto en las iglesias daría crédito al teatro de la ópera, y podría satisfacer como un mero entretenimiento, agradable al oído, pero como parte de la verdadera adoración, que contiene el espíritu de alabanza y oración, es un fraude, una imposición. en personas de mentalidad espiritual, y totalmente inaceptable para Dios. El clamor debe salir de nuevo: “Que todo el pueblo alabe al Señor”, porque “es bueno cantar alabanzas a nuestro Dios; porque es agradable; y la alabanza es hermosa.”

La música de alabanza, porque hay verdadera música del alma en la alabanza, es demasiado esperanzadora y feliz para ser negada. Todo esto está en la “acción de gracias”. En Filipenses, la oración se llama “peticiones”. “Dése a conocer vuestras peticiones a Dios”, que describe la oración como un pedido de un don, dando protagonismo a lo que se pide, haciéndolo enfático, algo para ser dado por Dios y recibido por nosotros, y no algo para ser hecho por nosotros. Y todo esto está íntimamente relacionado con la gratitud a Dios, “con acción de gracias, sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios”.

Dios hace mucho por nosotros en respuesta a la oración, pero necesitamos muchos dones de Él, y por ellos debemos hacer oración especial. De acuerdo con nuestras necesidades especiales, así debe ser nuestra oración. Debemos ser especiales y particulares y llevar al conocimiento de Dios por medio de la oración, la súplica y la acción de gracias, nuestras peticiones particulares, las cosas que necesitamos, las cosas

que deseamos mucho. Y con todo, acompañando todas estas peticiones, debe haber acción de gracias.

De hecho, es un pensamiento agradable que lo que estamos llamados a hacer en la tierra, alabar y dar gracias, lo están haciendo también los ángeles en el cielo y los espíritus desencarnados redimidos de los santos. Todavía es más placentero contemplar la gloriosa esperanza de que lo que Dios quiere que hagamos en la tierra, lo estaremos haciendo a lo largo de una eternidad sin fin. La alabanza y la acción de gracias serán nuestro bendito empleo mientras permanezcamos en el cielo. Ni nunca nos cansaremos de esta grata tarea.

Joseph Addison nos presenta, en verso, esta agradable perspectiva:

*“A través de cada período de mi vida buscaré Tu bondad;
Y después de la muerte, en mundos lejanos,
El grato tema se renueva.*

*“A través de toda la eternidad a Ti
Una canción agradecida levantaré;
Pero ¡Ay! la eternidad es demasiado corta
para pronunciar todas tus alabanzas.”*

V. LA ORACIÓN Y EL CONFLICTO

“Él lo hará’. Puede que no sea hoy, Que Dios mismo enjugará nuestras lágrimas, Ni, esperanza diferida, que mañana nos quite la copa de la tristeza terrenal; Pero, preciosa promesa, Él ha dicho que lo hará, si confiamos plenamente en Él y permanecemos quietos.

“Nosotros, también, como Él, podemos caer y morir desconocidos; E incluso el lugar en el que caímos no se mostrará, pero los ojos omniscientes marcarán el lugar hasta que los imperios perezcan y el mundo se olvide.

Entonces el Señor levantará a los que llevaron el yugo y bebieron la copa En gloria inmarcesible. La palabra de Dios es siempre buena; Su voluntad es la mejor: el yugo, el corazón todo roto, y luego descansar. —Claudio L. Chilton

El problema y la oración están estrechamente relacionados entre sí. La oración es de gran valor para los problemas. Los problemas a menudo llevan a los hombres a Dios en oración, mientras que la oración no es más que la voz de los hombres en problemas. Hay un gran valor en la oración en el tiempo de angustia. La oración a menudo libera de las tribulaciones, y aún más a menudo da fuerza para sobrellevar las tribulaciones, ministra consuelo en las tribulaciones y engendra paciencia en medio de las tribulaciones. Sabio es el que en el día de la angustia conoce su verdadera fuente de fortaleza y no deja de orar.

Los problemas pertenecen al estado actual del hombre en la tierra. “El hombre nacido de mujer es corto de días y lleno de problemas.” El problema es común al hombre. No hay excepción en ninguna edad o estación climática. Ricos y pobres por igual, los eruditos y los ignorantes, todos y cada uno son partícipes de esta triste y dolorosa herencia de la caída del hombre. “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea común a los hombres”. El “día de la angustia” amanece sobre cada uno en algún momento de su vida. “Vienen los días malos y se acercan los años” cuando el corazón siente su fuerte presión.

Esa es una visión completamente falsa de la vida y muestra una ignorancia suprema que no espera nada más que la luz del sol y busca solo la comodidad, el placer y las flores. Es esta clase la que se siente tan tristemente decepcionada y sorprendida cuando los problemas irrumpen en sus vidas. Estos son los que no conocen a Dios, que no saben nada de Sus tratos disciplinarios con Su pueblo y que no oran.

¡Qué infinita variedad hay en los problemas de la vida! ¡Cuán diversas las experiencias de los hombres en la escuela de los problemas! No hay dos personas que tengan los mismos problemas en entornos similares. Dios no trata a dos de Sus hijos de la misma manera. Y así como Dios varía el trato que da a sus hijos, así también varían los problemas. Dios no se repite a sí mismo. Él no corre en una rutina. Él no tiene un patrón para cada niño. Cada problema es proporcional a cada niño. Cada uno es tratado según su caso particular.

El problema es el siervo de Dios, que hace Su voluntad a menos que Él sea derrotado en la ejecución de esa voluntad. La aflicción está bajo el control de Dios Todopoderoso, y es uno de Sus agentes más eficientes para cumplir Sus propósitos y perfeccionar a Sus santos. La mano de Dios está en cada problema que irrumpe en la vida de los hombres. No es que Él ordene directa y arbitrariamente cada experiencia desagradable de la vida. No que Él es personalmente responsable por cada cosa dolorosa y aflictiva que llega a la vida de Su pueblo. Pero ningún problema se desata jamás en este mundo y llega a la vida de un santo o pecador, sino que viene con el permiso Divino, y se le permite existir y hacer su trabajo doloroso con la mano de Dios en él o sobre él, llevando a cabo Sus designios llenos de gracia. de redención

Todas las cosas están bajo el control Divino. El problema no está por encima de Dios ni más allá de Su control. No es algo en la vida independiente de Dios. No importa de qué fuente brote ni de dónde surja, Dios es lo suficientemente sabio y capaz de poner Su mano sobre él sin asumir la responsabilidad por su origen, y trabajarlo en Sus planes y propósitos relacionados con el mayor bienestar de Sus santos.

Esta es la explicación de esa declaración llena de gracia en Romanos, citada con tanta frecuencia, pero cuya profundidad de significado rara vez ha sido sondeada: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”.

Incluso los males provocados por las fuerzas de la naturaleza son sus siervos, llevan a cabo su voluntad y cumplen sus designios. Dios incluso afirma que las langostas, el saltón, la oruga son Sus siervos, "Mi gran ejército", usado por Él para corregir a Su pueblo y disciplinarlo.

Los problemas pertenecen a la parte disciplinaria del gobierno moral de Dios. Esta es una vida de prueba, donde la raza humana está en prueba. Es una temporada de prueba. El problema no es penal en su naturaleza. Pertenece a lo que las Escrituras llaman

“castigar”. “Jehová al que ama, disciplina y azota a todo el que recibe por hijo”. Hablando con precisión, el castigo no pertenece a esta vida. El castigo por el pecado tendrá lugar en el próximo mundo. Los tratos de Dios con la gente en este mundo son de la naturaleza de la disciplina. Son procesos correctivos en Sus planes con respecto al hombre.

Es por esto que la oración interviene cuando surge un problema. La oración pertenece a la disciplina de la vida.

Como el problema no es pecaminoso en sí mismo, tampoco es la evidencia del pecado. Buenos y malos por igual experimentan problemas. Así como la lluvia cae sobre justos e injustos, así también la sequía sobre justos e impíos. El problema no es evidencia alguna del desagrado Divino. Innumerables ejemplos de las Escrituras refutan tal idea. Job es un ejemplo de ello, donde Dios dio testimonio explícito de su profunda piedad y, sin embargo, Dios permitió que Satanás lo afligiera más que a cualquier otro hombre con propósitos sabios y benéficos. El problema no tiene poder en sí mismo para interferir con las relaciones de un santo con Dios. “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro o la espada?

Se encuentran tres palabras prácticamente iguales en los procesos de la disciplina Divina, tentación, prueba y problema, y sin embargo hay una diferencia entre ellas. La tentación es realmente una solicitud al mal que surge del diablo o nace en la naturaleza carnal del hombre. Juicio es prueba. Es lo que nos prueba, nos prueba y nos hace más fuertes y mejores cuando nos sometemos a la prueba y trabajamos juntos con Dios en ella “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas; sabiendo esto, que la prueba de vuestra fe produce paciencia.”

Pedro habla en la misma línea:

“En lo cual os gozáis en gran manera, ahora por un tiempo, si es necesario, estáis angustiados por muchas tentaciones; para que la prueba de vuestra fe, siendo mucho más preciosa que el oro que perece, aunque sea probado con fuego, sea hallado para alabanza, honra y gloria en la aparición de Jesucristo.”

La tercera palabra es el problema mismo, que cubre todos los eventos dolorosos, dolorosos y penosos de la vida. Y, sin embargo, las tentaciones y las pruebas pueden convertirse realmente en problemas. De modo que todos los días malos de la vida bien

podrían clasificarse bajo el título de “tiempo de angustia”. Y esos días de problemas son la suerte de todos los hombres. Suficiente para conocer ese problema, sin importar de qué fuente provenga; se convierte en la mano de Dios en Su propio agente para llevar a cabo Su obra de gracia con respecto a aquellos que se someten pacientemente a Él, que lo reconocen en la oración y que trabajan junto con Dios.

Fijémonos de inmediato en la idea de que los problemas no surgen por casualidad, y tampoco ocurren por lo que los hombres llaman accidente. “Aunque la aflicción no sale del polvo, ni la angustia brota de la tierra, sin embargo, el hombre nace para la angustia como las chispas vuelan hacia arriba.” La tribulación pertenece naturalmente al gobierno moral de Dios, y es uno de Sus agentes invaluable en el gobierno del mundo.

Cuando nos damos cuenta de esto, podemos comprender mejor mucho de lo que está registrado en las Escrituras, y podemos tener una concepción más clara de los tratos de Dios con Su antiguo Israel. En el trato de Dios con ellos, encontramos lo que se llama una historia de la Divina Providencia, y la providencia siempre acepta los problemas. Nadie puede entender la historia de José y su anciano padre Jacob a menos que tome en cuenta el problema y sus variados oficios. Dios toma en cuenta los problemas cuando exhorta a su profeta Isaías a ser sabio:

“Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad cómodamente a Jerusalén, y clamadle que ha terminado su guerra, que ha sido perdonada su iniquidad.”

Hay una nota clara de consuelo en el Evangelio para los santos orantes del Señor, y Él es un escriba sabio en las cosas divinas que sabe cómo ministrar este consuelo a los quebrantados y tristes de la tierra. Jesús mismo dijo a sus tristes discípulos: “No los dejaré sin consuelo”.

Todo lo anterior se ha dicho para que podamos apreciar correctamente la relación de la oración con el problema. En el tiempo de angustia, ¿dónde entra la oración? El salmista nos dice: “Invócame en el día de la angustia; Yo te libraré, y tú me honrarás”. La oración es lo más apropiado para que un alma haga en el “tiempo de angustia”. La oración reconoce a Dios en el día de la angustia. “Es el Señor; que haga lo que bien le pareciere.” La oración ve la mano de Dios en problemas y ora al respecto. Nada nos muestra más verdaderamente nuestra impotencia que cuando llegan los problemas. Derriba al hombre fuerte, revela nuestra debilidad, trae una sensación de impotencia.

Bienaventurado el que sabe volverse a Dios en “el tiempo de angustia”. Si el problema es del Señor, entonces lo más natural es llevar el problema al Señor y buscar la gracia, la paciencia y la sumisión. Es el momento de indagar en el problema: “Señor, ¿qué quieres que haga?” ¿Cuán natural y razonable es que el alma, oprimida, quebrantada y herida, se incline ante el estrado de la misericordia y busque el rostro de Dios?

¿Dónde es más probable que un alma en problemas encuentre consuelo que en el armario?

¡Pobre de mí! los problemas no siempre llevan a los hombres a Dios en oración. Triste es el caso de aquel que, cuando la tribulación doblega su espíritu y aflige su corazón, no sabe de dónde viene la tribulación ni sabe cómo orar por ella. ¡Bienaventurado el hombre que es empujado por el problema a sus rodillas en oración!

*“Las pruebas deben ocurrir y ocurrirán;
Pero con fe humilde ver el Amor
inscrito en todos ellos— Esto es felicidad para mí.*

*“Las pruebas endulzan la promesa,
Las pruebas dan nueva vida a la oración;
Llévame a los pies de mi Salvador,
Bájame y mantenme allí.*

La oración en el momento de la angustia trae consuelo, ayuda, esperanza y bendiciones, las cuales, aunque no quitan la angustia, permiten al santo soportarla mejor y someterse a la voluntad de Dios. La oración abre los ojos para ver la mano de Dios en problemas. La oración no interpreta las providencias de Dios, pero las justifica y reconoce a Dios en ellas. La oración nos permite ver fines sabios en los problemas. La oración en la angustia nos aleja de la incredulidad, nos salva de la duda y nos libra de todo cuestionamiento vano e insensato a causa de nuestras dolorosas experiencias. No perdamos de vista el tributo pagado a Job cuando todas sus tribulaciones llegaron al punto culminante: “En todo esto no pecó Job, ni reprochó insensatez a Dios”.

¡Pobre de mí! para hombres vanos e ignorantes, sin fe en Dios y sin saber nada de los procesos disciplinarios de Dios en el trato con los hombres, que acusan a Dios de necesidad cuando vienen los problemas, y que son tentados a “maldecir a Dios”. ¡Cuán tontas y vanas son las quejas, las murmuraciones y la rebelión de los hombres en el

tiempo de angustia! ¡Qué necesidad de volver a leer la historia de los Hijos de Israel en el desierto!

¡Y cuán inútil es toda nuestra inquietud, nuestra preocupación por los problemas, como si tales infelices acciones de nuestra parte pudieran cambiar las cosas! “¿Y quién de vosotros, sin pensarlo, podrá añadir a su estatura un codo?” ¿Cuánto más sabio, cuánto mejor, cuánto más fácil soportar los problemas de la vida cuando llevamos todo a Dios en oración?

La aflicción tiene fines sabios para los que oran, y éstos lo encuentran así. Dichoso el que, como el salmista, descubre que sus problemas han sido bendiciones disfrazadas. “Bueno me es haber sido afligido, para que aprenda tus estatutos. Yo sé, oh Señor, que tus juicios son rectos, y que en tu fidelidad me has afligido”.

*“Oh, quien podría soportar el tormentoso destino de la vida,
Tu ala de amor ¿No vino flotando brillantemente a través de la penumbra?
Nuestra rama de paz desde lo alto.
“Entonces el dolor, tocado por Ti, se vuelve brillante,
Con más que un rayo de éxtasis;
Como la oscuridad nos muestra mundos de luz que nunca vimos de día.”*

Por supuesto, se puede conceder que algunos problemas son realmente imaginarios. No tienen otra existencia que en la mente. Algunos son problemas anticipados, que nunca llegan a nuestra puerta. Otros son problemas pasados, y hay mucha locura en preocuparse por ellos. Los problemas presentes son los que requieren atención y exigen oración. “Basta al día es su maldad”. Algunos problemas son de origen propio. Somos sus autores. Algunos de estos se originan involuntariamente con nosotros, algunos surgen de nuestra ignorancia, algunos provienen de nuestro descuido. Todo esto puede admitirse fácilmente sin quebrantar la fuerza de la afirmación de que son el tema de la oración y que deberían impulsarnos a orar. ¿Qué padre desecha a su hijo que le llora cuando el pequeño por su propio descuido ha tropezado y caído y se ha hecho daño? ¿Acaso el llanto del niño no atrae los oídos del padre aunque el niño sea el culpable del accidente? “Todo lo que queráis” abarca todos los acontecimientos de la vida, aunque somos responsables de algunos acontecimientos.

Algunos problemas son humanos en su origen. Surgen de causas segundas. Se originan con otros y nosotros somos los que sufren. Este es un mundo donde a menudo los

inocentes sufren las consecuencias de los actos de los demás. Esto es parte de los incidentes de la vida. ¿Quién no ha sufrido alguna vez a manos de otros? Pero incluso a estos se les permite venir en el orden de la providencia de Dios, se les permite irrumpir en nuestras vidas con fines benéficos y se puede orar por ellos. ¿Por qué no debemos llevar nuestras heridas, nuestros agravios y nuestras privaciones, causados por los actos de otros, a Dios en oración? son esas cosas fuera del ámbito de la oración? ¿Son excepciones a la regla de la oración? De nada. Y Dios puede y pondrá Su mano sobre todos esos eventos en respuesta a la oración, y hará que produzcan para nosotros “un peso de gloria mucho más excelente y eterno”.

Casi todos los problemas de Pablo surgieron de hombres malvados e irrazonables. Lea la historia tal como la da en 2 Cor. 11:23-33.

Así también algunos problemas son directamente de origen satánico. Casi todos los problemas de Job fueron producto del plan del diablo para quebrantar la integridad de Job, para que acusara a Dios de necedad y maldijera a Dios. Pero, ¿no han de reconocerse éstos en la oración? ¿Deben ser excluidos de los procesos disciplinarios de Dios? Job no lo hizo. Escúchelo en esas palabras familiares. “Jehová dio, y Jehová quitó. Bendito sea el nombre del Señor”

¡Oh, qué consuelo ver a Dios en todos los acontecimientos de la vida! Qué alivio para un corazón roto y afligido ver la mano de Dios en el dolor! ¡Qué fuente de alivio es la oración para descargar el dolor del corazón!

*“Oh Tú que enjugas las lágrimas del doliente,
¡Cuán oscuro sería este mundo, si,
engañados y heridos aquí,
no pudiéramos volar hacia Ti!*

*“Los amigos que viven bajo nuestro sol,
cuando llega el invierno vuelan, y
el que sólo tiene lágrimas para dar,
debe llorar esas lágrimas solo.*

*“Pero Tú sanarás el corazón quebrantado,
Que, como las plantas que arrojan*

*Su fragancia de la parte herida,
Exhala dulzura de la aflicción.”*

Pero cuando examinamos todas las fuentes de las que provienen los problemas, todo se resuelve en dos verdades invaluable: primero, que nuestros problemas finalmente son del Señor. Vienen con Su consentimiento. Él está en todos ellos, y se interesa por nosotros cuando nos presionan y magullan. Y en segundo lugar, que nuestros problemas, sin importar cuál sea la causa, ya sea de nosotros mismos, de los hombres o de los demonios, o incluso de Dios mismo, tenemos la garantía de llevarlos a Dios en oración, de orar por ellos y de buscar obtener el mayor provecho. beneficios espirituales de ellos.

La oración en el tiempo de angustia tiende a poner el espíritu en perfecta sujeción a la voluntad de Dios, a hacer que la voluntad sea conforme a la voluntad de Dios, y salva de toda murmuración sobre nuestra suerte, y libra de todo como un corazón rebelde o un espíritu crítico del Señor. La oración santifica los problemas para nuestro mayor bien. La oración prepara tanto el corazón que se ablanda bajo la mano disciplinadora de Dios. La oración nos coloca donde Dios puede traernos el mayor bien, espiritual y eterno. La oración le permite a Dios obrar libremente con nosotros y en nosotros en el día de la angustia. La oración elimina todo lo que se interpone en el camino de los problemas, brindándonos el bien más dulce, más alto y más grande. La oración permite que la sierva de Dios, la angustia, cumpla su misión en nosotros, con nosotros y para nosotros.

El fin de los problemas siempre es bueno en la mente de Dios. Si el problema falla en su misión, es por falta de oración o por incredulidad, o por ambas cosas. Estar en armonía con Dios en las dispensaciones de Su providencia, siempre hace que los problemas sean una bendición. El bien o el mal de los problemas siempre está determinado por el espíritu con el que se reciben. El problema resulta ser una bendición o una maldición, según sea recibido y tratado por nosotros. O nos ablanda o nos endurece. O nos lleva a la oración y a Dios o nos aleja de Dios y del closet. Los problemas endurecieron a Faraón hasta que finalmente no tuvo ningún efecto en él, solo para hacerlo más desesperado y alejarlo más de Dios. El mismo sol ablanda la cera y endurece la arcilla. El mismo sol derrite el hielo y seca la humedad de la tierra.

Como es la infinita variedad de problemas, así también hay infinita variedad en las relaciones de la oración con otras cosas. ¡Cuántas son las cosas que son objeto de oración! Tiene que ver con todo lo que nos concierne, con todas las personas con las que

tenemos que ver, y tiene que ver con todos los tiempos. Pero especialmente la oración tiene que ver con los problemas. “Este pobre lloró y el Señor lo escuchó, y lo salvó de todas sus angustias”. ¡Oh la bienaventuranza, la ayuda, el consuelo de la oración en el día de la angustia! ¡Y qué maravillosas las promesas de Dios para nosotros en el tiempo de angustia!

“Porque en mí ha puesto su amor, yo lo libraré; Lo pondré en alto porque ha conocido mi nombre. Me invocará, y yo le responderé; estaré con él en la angustia; Yo lo libraré y lo honraré.”

*“Si el dolor aflige, o las injusticias oprimen,
Si los cuidados distraen, o los miedos
consternan; Si la culpa abate, si el
pecado angustia, En todo caso, todavía velad y orad.”*

Cuán ricas en su dulzura, cuán trascendentales en el reino de la angustia, y cuán alentadoras para la fe, son las palabras de la promesa que Dios entrega a Sus creyentes que oran, por boca de Isaías:

“Pero ahora, así dice el Señor, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel, No temas, porque yo te he redimido, te he llamado por tu nombre; tu eres mío Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te anegarán; cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama se encenderá sobre ti. Porque yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador”.

VI. ORACIÓN Y PROBLEMA (Continuación)

“Mi primer mensaje de socorro celestial fue cantando a lo largo de millones de kilómetros de espacio en 1869 y trajo alivio a mi corazón atribulado. Pero, gracias a Él, he recibido muchas respuestas agradables y útiles durante los últimos cincuenta años. Pensaría que el comercio de los cielos se ha arruinado si no escuchara con frecuencia, ya que he aprendido a pedir y recibir.”—H. W. Hodge

En el Nuevo Testamento se usan tres palabras que abarcan problema. Estos son tribulación, sufrimiento y aflicción, palabras que difieren un poco y, sin embargo, cada una de ellas significa prácticamente algún tipo de problema. Nuestro Señor advirtió a Sus discípulos que podían esperar tribulación en esta vida, enseñándoles que la tribulación pertenecía a este mundo, y que no podían esperar escapar de ella; que no serían llevados a través de esta vida en lechos floridos de comodidad. ¡Qué difícil es aprender esta lección clara y patente! “En el mundo tendréis aflicción; pero ten buen ánimo; He vencido al mundo.” Ahí está el estímulo. Así como Él había vencido al mundo y sus tribulaciones, ellos también podrían hacer lo mismo.

Pablo enseñó la misma lección a lo largo de su ministerio, cuando al confirmar las almas de los hermanos y exhortarlos a continuar en la fe, les dijo que “es necesario que, a través de muchas tribulaciones, entremos en el reino de Dios”. Él mismo lo sabía por experiencia propia, porque su camino era todo menos suave y florido.

Él es quien usa la palabra “sufrimiento” para describir las tribulaciones de la vida, en ese pasaje consolador en el que contrapone las tribulaciones de la vida a la gloria final del cielo, que será la recompensa de todos los que soportan con paciencia los males de la Divina Providencia:

“Porque considero que los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que será revelada en nosotros.”

Y él es quien habla de las aflicciones que sobrevienen al pueblo de Dios en este mundo, y las considera ligeras en comparación con el peso de la gloria que espera a todos los que son sumisos, pacientes y fieles en todas sus tribulaciones: *“Porque nuestra luz aflicción, que es sólo por un momento, produce en nosotros un trabajo mucho más excelente y eterno peso de gloria.”*

Pero estas aflicciones presentes pueden obrar para nosotros solo si cooperamos con Dios en oración. Como Dios obra a través de la oración, es solo a través de este medio que puede lograr sus fines más elevados para nosotros. Su Providencia trabaja con el mayor efecto con Sus orantes. Estos conocen los usos de los problemas y sus graciosos designios. El mayor valor en los problemas viene para aquellos que se inclinan más bajo ante el trono.

Pablo, al instar a la paciencia en la tribulación, la conecta directamente con la oración, como si la oración sola nos colocara donde podemos ser pacientes cuando llegue la tribulación. “Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación, continuos instantes en la oración”. Él aquí une la tribulación y la oración, mostrando su estrecha relación y el valor de la oración para engendrar y cultivar la paciencia en la tribulación. De hecho, no puede haber paciencia ejemplificada cuando llega el problema, solo cuando se obtiene a través de la oración instantánea y continua. En la escuela de oración es donde se aprende y se practica la paciencia.

La oración nos lleva a ese estado de gracia en el que no sólo se soporta la tribulación, sino que debajo de ella hay un espíritu de regocijo. Al mostrar los beneficios de la gracia de la justificación, en **Romanos 5:3**, Pablo dice:

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en la tribulación, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y paciencia, experiencia; y la experiencia, la esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado.”

¡Qué cadena de gracias se presenta aquí como proveniente de la tribulación! ¡Qué pasos sucesivos ¡un alto estado de experiencia religiosa! ¡Y qué ricos frutos resultan incluso de la dolorosa tribulación!

En el mismo sentido son las palabras de Pedro en su Primera Epístola, en su fuerte oración por aquellos cristianos a quienes escribe; mostrando así que el sufrimiento y el supremo estado de gracia están íntimamente relacionados; e insinuando que es a través del sufrimiento que debemos ser llevados a esas regiones superiores de la experiencia cristiana:

“Pero el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Cristo Jesús, después que habéis padecido por un tiempo, os perfeccione, os afirme, os fortalezca y os

establezca.” Es en los fuegos del sufrimiento que Dios purifica a Sus santos y los lleva a las cosas más altas.

Es en el horno donde se prueba su fe, se prueba su paciencia y se desarrollan todas esas ricas virtudes que constituyen el carácter cristiano. Es mientras atraviesan aguas profundas que Él muestra cuán cerca puede estar de Sus santos que oran y creen.

Se necesita una fe de alto nivel y una experiencia cristiana muy por encima de la religión promedio de este día, para considerarla gozo cuando somos llamados a pasar por la tribulación. El objetivo más elevado de Dios al tratar con su pueblo es desarrollar el carácter cristiano. Él está buscando engendrar en nosotros aquellas ricas virtudes que pertenecen a nuestro Señor Jesucristo. Él está buscando hacernos como Él mismo. No es tanto trabajo lo que Él quiere en nosotros. No es grandeza. Es la presencia en nosotros de la paciencia, de la mansedumbre, de la sumisión a la voluntad divina, de la oración que lleva todo a Él. Él busca engendrar Su propia imagen en nosotros. Y el problema en alguna forma tiende a hacer esto mismo, porque este es el fin y el objetivo del problema. Este es su trabajo. Esta es la tarea que está llamado a realizar. No es un incidente fortuito en la vida, sino que tiene un diseño a la vista, al igual que tiene detrás a un Diseñador Omnisapiente, que inquieta a Su agente para producir los mayores resultados.

El escritor de la Epístola a los Hebreos nos da un directorio perfecto de problemas, completo, claro y que vale la pena estudiar. Aquí está “castigo”, otra palabra para angustia, que viene de la mano de un Padre, mostrando que Dios está en todos los eventos tristes y aflictivos de la vida. Aquí está su naturaleza y su gracioso diseño. No es castigo en el sentido exacto de esa palabra, sino el medio que Dios emplea para corregir y disciplinar a Sus hijos al tratar con ellos en la tierra. Luego tenemos el hecho de la evidencia de ser Su pueblo, es decir, la presencia del castigo. El fin último es que “seamos partícipes de su santidad”, que no es más que otra forma de decir que todo este proceso disciplinario tiene como fin que Dios nos haga semejantes a Él. Qué estímulo, también, que el castigo no es evidencia de ira o desagrado de parte de Dios, sino que es la prueba fuerte de Su amor. Leamos todo el directorio sobre este importante tema: “Y habéis olvidado la exhortación que os habla como a niños: Hijo mío, no desprecies la disciplina del Señor, ni

desmayes cuando eres reprendido por él; Señor ama, castiga y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es

aquel a quien el padre no disciplina? Pero si estáis sin castigo, del cual todos son partícipes, entonces sois bastardos y no hijos.

“Además, tuvimos padres de nuestra carne que nos corrigieron, y les dábamos reverencia: ¿no preferimos estar sujetos al Padre de los espíritus y vivir? Porque ellos en verdad por unos pocos días nos castigaron según su propio placer; pero él para nuestro provecho, para que podamos ser partícipes de su santidad. Ahora bien, ningún castigo por el momento parece ser gozoso, sino doloroso; no obstante, después da fruto apacible de justicia a los que en ella son ejercitados.”

Así como la oración es amplia en su alcance, abarcando todo, así el problema es infinitamente variado en sus usos y diseños. A veces cuesta trabajo llamar la atención, detener a los hombres en el ajetreo de la vida y despertarlos a un sentido de su impotencia, su necesidad y su pecaminosidad. No fue sino hasta que el rey Manasés fue atado con espinas y llevado a una tierra extranjera y se metió en graves problemas, que despertó y fue devuelto a Dios. Fue entonces cuando se humilló y comenzó a invocar a Dios.

El Hijo Pródigo era independiente y autosuficiente cuando estaba en la prosperidad, pero cuando el dinero y los amigos se fueron, y él comenzó a estar necesitado, entonces fue que "volvió en sí mismo" y decidió regresar a la casa de su padre, con oración y confesión en sus labios. Muchos hombres que se han olvidado de Dios han sido arrestados, obligados a considerar sus caminos y llevados a recordar a Dios y a orar por medio de las tribulaciones. ¡Bendito sea el problema cuando logra esto en los hombres!

Es por esto, entre otras razones, que Job dice:

“He aquí, bienaventurado el hombre a quien Dios corrige. Por tanto, no desprecies el castigo del Todopoderoso. Porque él hace lastimar y vendar; él hiere, y sus manos sanan. Él te librará en seis tribulaciones; sí, en siete no te tocará mal.”

Escuche a Juan, mientras habla de eso y de los que están allí.

“¿Qué son estos que están vestidos con túnicas blancas? Y ¿De dónde vinieron? dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus

vestiduras y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos”.

*“Allí bañaré mi alma cansada,
en mares de reposo celestial,
Y ni una ola de problemas rodar,
A través de mi pecho pacífico.”*

¡Oh, hijos de Dios, vosotros que habéis sufrido, que habéis sido duramente probados, cuyas tristes experiencias a menudo han traído espíritus quebrantados y corazones sangrantes, ánimo! Dios está en todos tus problemas, y Él se encargará de que todos “colaboren para bien”, si eres paciente, sumiso y orante.

VIII. LA ORACIÓN Y LA OBRA DE DIOS

“Si el deseo de Jacob se le hubiera dado a tiempo para que tuviera una buena noche de sueño, quizás nunca se hubiera convertido en el príncipe de las oraciones que conocemos hoy. Si la oración de Ana por un hijo hubiera sido respondida en el tiempo que se fijó, la nación quizás nunca hubiera conocido al hombre poderoso de Dios que encontró en Samuel. Ana solo quería un hijo, pero Dios quería más. Él quería un profeta, un salvador y un gobernante para Su pueblo. Alguien dijo que 'Dios tenía que conseguir una mujer antes de poder conseguir un hombre'. Esta mujer la consiguió en Hannah precisamente por esas semanas y meses y años llegó una mujer con una visión como la de Dios, con alma templada y espíritu apacible y voluntad madura, preparada para ser la clase de madre para la clase de hombre Dios sabía que la nación necesitaba.”—W. E. Binderwolf

Dios tiene una gran obra entre manos en este mundo. Esta obra está involucrada en el plan de salvación. Abarca la redención y la providencia. Dios está gobernando este mundo, con sus seres inteligentes, para Su propia gloria y para el bien de ellos. ¿Cuál es, entonces, la obra de Dios en este mundo? Más bien, ¿cuál es el fin que Él busca en Su gran obra? Es nada menos que santidad de corazón y vida en los hijos del Adán caído. El hombre es una criatura caída, nacida con una naturaleza mala, con una mala inclinación, propensiones impías, deseos pecaminosos, inclinaciones perversas. El hombre es impío por naturaleza, nació así. “Se descarrían desde que nacen, hablando mentiras”.

Todo el plan de Dios es apoderarse del hombre caído y tratar de cambiarlo y santificarlo. La obra de Dios es hacer hombres santos de hombres impíos. Este es el final mismo de la venida de Cristo al mundo:

“Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.”

Dios es santo en naturaleza y en todos Sus caminos, y quiere hacer al hombre como Él mismo.

“Como aquel que os ha llamado es santo, así sed vosotros santos en toda forma de conversación; porque está escrito: Sed santos, porque yo soy santo.”

Esto es ser como Cristo. Esto es seguir a Jesucristo. Este es el objetivo de todo esfuerzo cristiano. Este es el deseo ferviente y sincero de toda alma verdaderamente regenerada. Esto es por lo que se debe orar constante y fervientemente. Es para que seamos santificados. No es que debamos hacernos santos, sino que debemos ser limpiados de todo pecado por la preciosa sangre expiatoria de Cristo, y ser santificados

por la acción directa del Espíritu Santo. No es que hagamos santidad, sino que seamos santos. El ser debe preceder al hacer. Primero ser, luego hacer. Primero, obtenga un corazón santo, luego viva una vida santa. Y para este fin elevado y misericordioso, Dios ha hecho las más amplias provisiones en la obra expiatoria de nuestro Señor y por medio del Espíritu Santo.

La obra de Dios en el mundo es la implantación, el crecimiento y la perfección de la santidad en su pueblo. Tenga esto siempre en mente. Pero podríamos preguntar ahora mismo, ¿está avanzando esta obra en la Iglesia? ¿Están siendo santificados los hombres y las mujeres? ¿Está la Iglesia actual comprometida en la tarea de hacer hombres y mujeres santos? Esta no es una pregunta vana y especulativa. Es práctico, pertinente y muy importante.

La Iglesia actual tiene una gran maquinaria. Sus actividades son grandiosas y su prosperidad material no tiene paralelo. El nombre de la religión es muy difundido y conocido. Mucho dinero entra en la tesorería del Señor y se paga. Pero aquí está la pregunta: ¿La obra de santidad sigue el ritmo con todo esto? ¿Ha de santificarse la carga de las oraciones de la gente de la Iglesia? ¿Son nuestros predicadores realmente hombres santos? O para retroceder un poco más, ¿tienen hambre y sed de justicia, deseando la leche sincera de la Palabra para crecer por ella? ¿Están realmente buscando ser hombres santos? Por supuesto, se necesitan muchos hombres inteligentes en el púlpito, pero antes de eso, y primordialmente, está el hecho de que necesitamos hombres santos que se paren ante los moribundos y les proclamen la salvación de Dios.

Los ministros, como los laicos, y no más que los laicos, deben ser hombres santos en vida, en conversación y en temperamento. Deben ser ejemplos para el rebaño de Dios en todas las cosas. Por sus vidas deben predicar tanto como hablar. Se necesitan hombres en el púlpito que sean inmaculados en vida, circunspectos en comportamiento, “sin reprensión y sin mancha en medio de una nación torcida y perversa, en medio de la cual han de brillar en el mundo”. ¿Son nuestros predicadores de este tipo de hombres? Simplemente estamos haciendo la pregunta. Que el lector se forme su propio juicio. ¿Está progresando la obra de santidad entre nuestros predicadores?

Preguntémonos nuevamente: ¿Son nuestros líderes laicos ejemplos de santidad? ¿Están buscando la santidad de corazón y de vida? ¿Son hombres de oración, siempre orando para que Dios los moldee de acuerdo con Su modelo de santidad? ¿Están sus negocios

sin mancha de pecado, y sus ganancias libres de la mancha del mal? ¿Tienen el fundamento de una sólida honestidad, y la rectitud los lleva a la elevación y la influencia? ¿La integridad y la probidad en los negocios van en paralelo con la actividad religiosa y con la observancia de la iglesia?

Entonces, mientras proseguimos con nuestra investigación, buscando luz en cuanto a si la obra de Dios entre Su pueblo está progresando, preguntemos más acerca de nuestras mujeres. ¿Están las mujeres líderes de nuestras iglesias muertas a las modas de este mundo, separadas del mundo, no conformadas a las máximas y costumbres del mundo? ¿Se comportan como corresponde a la santidad, enseñando a las mujeres jóvenes de palabra y de vida las lecciones de sobriedad, obediencia y cuidado del hogar? ¿Se destacan nuestras mujeres por sus hábitos de oración? ¿Son patronas de oración?

¿Qué tan buscadoras son todas estas preguntas? ¿Y alguien se atreverá a decir que son impertinentes y están fuera de lugar? Si la obra de Dios es hacer santos a hombres y mujeres, y Él ha hecho amplias provisiones en la ley de la oración para hacer esto mismo, ¿por qué debería considerarse impertinente e inútil plantear preguntas tan personales y directas como estas? Tienen que ver directamente con la obra y con su progreso y su perfección. Van al mismo asiento de la enfermedad. Dieron en el clavo.

Bien podríamos enfrentar la situación primero que al final. De nada sirve cerrar los ojos a los hechos reales.

Si la Iglesia no hace este tipo de trabajo, si la Iglesia no hace avanzar a sus miembros en la santidad de corazón y de

vida, entonces toda nuestra exhibición de actividades y toda nuestra demostración del trabajo de la Iglesia son un engaño y una trampa.

Pero preguntemos en cuanto a otra clase grande e importante de personas en nuestras iglesias. Ellos son la esperanza de la Iglesia futura. Hacia ellos se vuelven todos los ojos. ¿Están creciendo nuestros jóvenes y señoritas en sobriedad y reverencia, y en todas aquellas gracias que tienen su raíz en el corazón renovado, que marcan un avance sólido y permanente en la vida divina? Si no estamos creciendo en santidad, entonces no estamos haciendo nada religioso ni perseverante.

La prosperidad material no es el signo infalible de la prosperidad espiritual. El primero puede existir mientras que el segundo está significativamente ausente. La prosperidad material fácilmente puede cegar los ojos de los líderes de la Iglesia, tanto que la convertirán en un sustituto de la prosperidad espiritual. ¡Qué grande la necesidad de velar en ese punto! La prosperidad en asuntos de dinero no significa crecimiento en santidad. Las temporadas de prosperidad material rara vez son temporadas de avance espiritual, ya sea para el individuo o para la Iglesia.

Es tan fácil perder de vista a Dios cuando los bienes aumentan. Es muy fácil apoyarse en las agencias humanas y dejar de orar y confiar en Dios cuando llega la prosperidad material a la Iglesia.

Si se afirma que la obra de Dios está progresando y que estamos creciendo en santidad, entonces surgen algunas preguntas desconcertantes que serán difíciles de responder. Si la Iglesia está avanzando en las líneas de una espiritualidad profunda, si somos un pueblo de oración, destacado por nuestros hábitos de oración, si nuestro pueblo tiene hambre de santidad, entonces preguntémonos, ¿por qué tenemos ahora tan pocas efusiones poderosas de la Espiritu Santo sobre nuestras principales iglesias y nuestros principales nombramientos? ¿Por qué tan pocos de nuestros avivamientos surgen de la vida del pastor, quien se destaca por su profunda espiritualidad, o de la vida de nuestra iglesia? ¿Se ha acortado la mano del Señor para que no pueda salvar? ¿Está pesado Su oído para que no pueda oír? ¿Por qué es que para tener los así llamados avivamientos, debemos tener presión externa, por la reputación y sensación de algún evangelista renombrado? Esto es en gran parte cierto en nuestros cargos más grandes y con nuestros hombres principales. ¿Por qué el pastor no es lo suficientemente espiritual, santo y en comunión con Dios, que no puede realizar sus propios servicios de avivamiento y tener grandes derramamientos del Espiritu Santo sobre la Iglesia, la comunidad y sobre sí mismo? Sólo puede haber una solución para todo este estado de cosas. Hemos cultivado otras cosas con descuido de la obra de santidad. Hemos permitido que nuestras mentes se preocupen por las cosas materiales en la Iglesia. Desafortunadamente, ya sea intencionalmente o no, hemos sustituido lo externo por lo interno. Hemos puesto lo que se ve al frente y excluido lo que no se ve. Es muy cierto en cuanto a la Iglesia, que estamos mucho más avanzados en asuntos materiales que en asuntos espirituales.

Pero la causa de este triste estado de cosas puede rastrearse más atrás. Se debe en gran parte a la decadencia de la oración. Porque con la declinación de la obra de santidad ha

venido la declinación del negocio de la oración. Así como la oración y la santidad van juntas, la decadencia de una significa la decadencia de la otra. Discúlpenlo si podemos, justifiquen el estado actual de las cosas si queremos, sin embargo, es demasiado evidente que el énfasis en la obra de la Iglesia actual no se pone en la oración. Y así como esto ha ocurrido,

se ha quitado el énfasis de la gran obra de Dios puesta en marcha en la expiación, santidad de corazón y de vida. La Iglesia no está produciendo hombres y mujeres que oran, porque la Iglesia no está comprometida intensamente en la gran obra de la santidad.

En un momento, John Wesley vio que había un declive perceptible en la obra de santidad, y se detuvo en seco para investigar la causa, y si somos tan honestos y espirituales como lo era él, ahora veremos las mismas causas operando para mantener la obra de Dios entre nosotros. En una carta a su hermano, Charles, en un momento, él va directamente al punto y hace un trabajo breve e incisivo al respecto. Así es como comienza su carta: “¿Qué ha

impedido el trabajo? Quiero considerar esto. Y no debemos decir primero que somos los jefes. Si fuéramos más santos en corazón y vida, completamente dedicados a Dios, ¿no se incendiarían todos los predicadores y lo llevarían con ellos por toda la tierra?

“¿No es el siguiente obstáculo la pequeñez de la gracia (más que de los dones) en una parte considerable de nuestros predicadores? No tienen toda la mente que hubo en Cristo. Ellos no caminan firmemente como Él caminó. Y, por tanto, la mano del Señor se detiene, aunque no del todo; aunque Él todavía trabaja. Pero no es en la medida en que ciertamente lo sería, si fueran santos como es santo Aquel que los ha enviado.

“¿No es el tercer obstáculo la pequeñez de la gracia en la generalidad de nuestro pueblo? Por lo tanto, oran poco y con poco fervor por una bendición general. Y, por lo tanto, su oración tiene poco poder con Dios. No cierra y abre, como antes, el cielo.

“Añádele a esto que así como hay mucho del espíritu del mundo en sus corazones, también hay mucha conformidad con el mundo en sus vidas. Deberían ser luces brillantes y resplandecientes, pero ni arden ni brillan. No son fieles a las reglas que profesan observar. No son santos en todo tipo de conversación. No, muchos de ellos son sal que ha perdido su sabor, el poco sabor que alguna vez tuvieron. ¿Con qué, pues, será

sazonada el resto de la tierra? ¿Qué es de extrañar que sus vecinos sean tan impíos como siempre?

Él golpea el lugar. Golpea el centro. Califica la causa. Confiesa libremente que él y Carlos son la primera causa de esta decadencia de la santidad. Los jefes ocupan puestos de responsabilidad. Como ellos van, así va la Iglesia. Dan color a la Iglesia.

Determinan en gran medida su carácter y su trabajo. ¿Qué santidad debe caracterizar a estos hombres principales? ¿Qué celo debería caracterizarlos alguna vez? ¿Qué oración debería verse en ellos! ¿Cuán influyentes deberían ser con Dios! Si la cabeza es débil, todo el cuerpo sentirá el golpe.

Los pastores vienen a continuación en su catálogo. Cuando los pastores principales y los que están debajo de ellos, los pastores inmediatos, detengan su avance en santidad, el pánico llegará hasta el final de la fila. Como son los pastores, así será por regla general el pueblo. Si los pastores no oran, entonces la gente seguirá sus pasos. Si el predicador guarda silencio sobre la obra de la santidad, entonces no habrá hambre ni sed de santidad en los laicos. Si el predicador no se preocupa por obtener lo mejor y más alto que Dios tiene para él en la experiencia religiosa, entonces la gente se parecerá a él.

Una declaración de Wesley debe repetirse con énfasis. La pequeñez de la gracia, en lugar de la pequeñez de los dones, este es en gran medida el caso de los predicadores. Puede afirmarse como axioma: Que la obra de Dios fracasa por regla general, más por falta de gracia que por falta de dones.

Es más que esto. Es más que esto, porque una provisión completa de gracia trae consigo un aumento de dones. Se puede repetir que los pequeños resultados, una experiencia baja, una vida religiosa baja y una predicación sin sentido, sin poder, siempre provienen de la falta de gracia. Y la falta de gracia fluye de la falta de oración. Una gran gracia viene de una gran oración.

“¿Cuál es la esperanza gloriosa de nuestro llamado sino la santidad interior?”

Por esto miro a Jesús, lo espero con calma.

“Espero hasta que Él me toque limpio, me imparta vida y poder; Dame la fe que echa fuera el pecado, Y purifica el corazón.”

Al llevar a cabo Su gran obra en el mundo, Dios obra a través de agentes humanos. Él trabaja a través de Su Iglesia colectivamente ya través de Su pueblo individualmente. Para que puedan ser agentes efectivos, deben ser “vasos para honra, santificados y aptos para el uso del Maestro, y preparados para toda buena obra”. Dios obra más eficazmente a través de hombres santos. Su obra progresa en las manos de los hombres que oran. Pedro nos dice que los esposos a quienes la Palabra de Dios no puede alcanzar, pueden ser ganados por la conversación de sus esposas. Son los que son “*irreprehensibles y sencillos, los hijos de Dios*”, quienes pueden proclamar la palabra de vida “en medio de una nación torcida y perversa”.

El mundo juzga la religión no por lo que dice la Biblia, sino por cómo viven los cristianos. Los cristianos son la Biblia que leen los pecadores. Estas son las epístolas para ser leídas por todos los hombres. “Por sus frutos los conocerá.” El énfasis, entonces, debe ponerse en la santidad de vida. Pero desafortunadamente en la Iglesia actual, el énfasis se ha puesto en otra parte. Al seleccionar obreros de la Iglesia y elegir oficiales eclesiásticos, no se considera la cualidad de la santidad. La idoneidad para orar parece no ser tenida en cuenta, cuando en todos los movimientos de Dios y en todos sus planes fue de otra manera. Buscó hombres santos, aquellos que se destacaran por sus hábitos de oración. Los líderes de oración son escasos.

La conducta de oración no se cuenta como la calificación más alta para los oficios en la Iglesia. No podemos sorprendernos de que se logre tan poco en la gran obra que Dios tiene entre manos en el mundo. El hecho es que es sorprendente que se haya hecho tanto con agentes tan débiles y defectuosos.

“Santidad al Señor” necesita ser escrito de nuevo en los estandartes de la Iglesia. Una vez más, es necesario sondearlo en los oídos de los cristianos modernos. “Seguid la paz con todos los hombres, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”.

Que se repita y reitere que este es el estándar divino de la religión. Nada menos que esto satisfará el requisito Divino. ¡Oh, el peligro del engaño en este punto! ¡Cuán cerca se puede llegar a tener razón y, sin embargo, estar equivocado! Algunos hombres pueden estar muy cerca de pronunciar la palabra de prueba, "Shibboleth", pero la pierden. "Muchos me dirán, Señor, Señor, en aquel día", dice Jesucristo, pero Él afirma además que entonces Él dirá a ellos, “Nunca los conocí; apartaos de mí, hacedores de iniquidad.”

Los hombres pueden hacer muchas cosas buenas y, sin embargo, no ser santos de corazón ni justos de conducta. Pueden hacer muchas cosas buenas y carecen de esa cualidad espiritual del corazón llamada santidad. Cuán grande la necesidad de escuchar las palabras de Pablo previniéndonos del autoengaño en la gran obra de la salvación personal: *“No os engañéis; Dios no puede ser burlado: porque todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.”*

*“Oh, que aún pueda apartarme del pecado;
Un corazón sabio y comprensivo,
Jesús, para que me sea dado;
Y hazme saber a través de tu Espíritu
Para glorificar a mi Dios abajo,
Y encontrar mi camino al cielo.”*

VIII. ORACIÓN Y CONSAGRACIÓN

“Eudamidas, ciudadano de Corinto, murió en la pobreza; pero teniendo dos amigos ricos, Arctæus y Carixenus, dejó el siguiente testamento: En virtud de mi última voluntad, lego a Arctæus mi madre y a Carixenus mi hija para que sean llevadas a sus casas y mantenidas por el resto de sus vidas. Este testamento ocasionó mucha alegría y risa. Los dos legatarios quedaron complacidos y con cariño formalizaron el testamento. Si los paganos confiaban unos en otros, ¿por qué no debería yo tener una confianza mucho mayor en mi amado Maestro, Jesús? Por la presente, por lo tanto, lo nombro mi único heredero, encomendándole mi alma y mis hijos y hermanas, para que los adopte, proteja y provea por su gran poder para salvación. Todo el remanente de la herencia será confiado a Su santo consejo.”—Gotthold

Cuando estudiamos los múltiples aspectos de la oración, nos sorprende la cantidad de cosas con las que está conectada. No hay fase de la vida humana a la que no afecte, y tiene que ver con todo lo que afecta a la salvación humana. La oración y la consagración están íntimamente relacionadas. La oración conduce a la consagración y la gobierna. La oración precede a la consagración, la acompaña y es un resultado directo de ella. Mucho va bajo el nombre de consagración que no tiene consagración en ello. Gran parte de la consagración actual es defectuosa, superficial y espuria, sin valor alguno en cuanto al oficio y fines de la consagración se refiere. La consagración popular es lamentablemente errónea porque tiene poca o ninguna oración. Ninguna consagración vale un pensamiento que no sea el fruto directo de mucha oración, y que no lo lleve a uno a una vida de oración. La oración es lo único prominente en una vida consagrada.

La consagración es mucho más que una vida de supuesto servicio. Es una vida de santidad personal, ante todo. Es lo que trae el poder espiritual al corazón y vivifica todo el hombre interior. Es una vida que siempre reconoce a Dios, y una vida entregada a la verdadera oración.

La consagración plena es el tipo más alto de una vida cristiana. Es el único estándar Divino de experiencia, de vida y de servicio. Es la única cosa a la que el creyente debe aspirar. Nada menos que la entera consagración debe satisfacerlo. Nunca debe estar satisfecho hasta que sea total y completamente del Señor por su propio consentimiento. Su oración conduce natural e involuntariamente a este único acto suyo.

La consagración es la entrega voluntaria y decidida de uno mismo a Dios, una ofrenda definitivamente hecha, y hecha sin reserva alguna. Es apartar todo lo que somos, todo lo

que tenemos y todo lo que esperamos tener o ser, ante todo para Dios. No es tanto el darnos a nosotros mismos a la Iglesia, o el mero compromiso en alguna línea de trabajo de la Iglesia. Dios Todopoderoso está a la vista y Él es el fin de toda consagración. Es una separación de uno mismo a Dios, una entrega de todo lo que uno es y tiene para un uso sagrado. Algunas cosas pueden estar dedicadas a un propósito especial, pero no es una consagración en el verdadero sentido. La consagración tiene un carácter sagrado. Está dedicado a fines sagrados. Es la entrega voluntaria de uno mismo en las manos de Dios para ser usado sagradamente, santamente, con fines santificadores.

La consagración no es tanto el apartarse de las cosas pecaminosas y los fines perversos, sino la separación de las cosas mundanas, seculares e incluso legítimas, si entran en conflicto con los planes de Dios, para usos santos. Es la dedicación de todo lo que tenemos a Dios para Su propia usar. Es una separación de las cosas cuestionables, o incluso legítimas, cuando se debe elegir entre las cosas de esta vida y las demandas de Dios.

La consagración que cumple con las demandas de Dios y que Él acepta debe ser plena, completa, sin reservas mentales, sin nada retenido. No puede ser parcial, como tampoco podía ser parcial un holocausto completo en los tiempos del Antiguo Testamento. El animal entero tenía que ser ofrecido en sacrificio. Reservar cualquier parte del animal habría viciado gravemente la ofrenda. Por lo tanto, hacer una consagración parcial a medias es no hacer ninguna consagración y es fracasar por completo en asegurar la aceptación Divina. Implica todo nuestro ser, todo lo que tenemos y todo lo que somos. Todo se pone definitiva y voluntariamente en las manos de Dios para su uso supremo.

La consagración no es todo lo que hay en la santidad. Muchos cometen errores graves en este punto. La consagración nos hace relativamente santos. Somos santos sólo en el sentido de que ahora estamos estrechamente relacionados con Dios, en el que no estábamos relacionados hasta ahora. La consagración es el lado humano de la santidad. En este sentido, es autosantificación, y sólo en este sentido. La santificación o santidad en su sentido más verdadero y más elevado es Divina, el acto del Espíritu Santo obrando en el corazón, limpiándolo y poniendo en él en mayor grado los frutos del Espíritu.

Moisés establece claramente esta distinción y la mantiene en mente en "Levítico", donde muestra el lado humano y el divino de la santificación o santidad: "Santificaos,

pues, y sed santos, porque yo soy el Señor vuestro Dios. Y vosotros guardaréis mis estatutos y los haréis; Yo soy el Señor que os santifico”.

Aquí debemos santificarnos, y luego en la siguiente palabra se nos enseña que es el Señor quien nos santifica. Dios no nos consagra a su servicio. No nos santificamos en este sentido más elevado. Aquí está el significado doble de la santificación, y una distinción que debe tenerse siempre presente.

Siendo la consagración el acto inteligente y voluntario del creyente, este acto es el resultado directo de la oración. Ningún hombre sin oración concibe jamás la idea de una consagración plena. La falta de oración y la consagración no tienen nada en común. Una vida de oración conduce naturalmente a la plena consagración. No conduce a ningún otro lugar. De hecho, una vida de oración no se satisface con otra cosa que con una entrega total de uno mismo a Dios. La consagración reconoce plenamente la propiedad de Dios sobre nosotros. Alegrementemente asiente a la verdad expuesta por Pablo:

“No sois vuestros. Porque sois comprados por precio. Por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo y espíritu, que son de Dios.”

Y la verdadera oración lleva por ese camino. No puede llegar a ningún otro destino. Está destinado a encontrarse con este depósito. Este es su resultado natural. Este es el tipo de trabajo que produce la oración. Orar hace consagrados. No puede hacer ningún otro tipo. Conduce a este fin. Apunta a este mismo propósito.

Así como la oración conduce y produce la plena consagración, así la oración impregna enteramente la vida consagrada. La vida de oración y la vida consagrada son íntimas compañeras. Son gemelos siameses, inseparables. La oración entra en cada fase de la vida consagrada. Una vida sin oración que reclama consagración es un nombre inapropiado, falso, falsificado.

La consagración es realmente el apartarse de uno mismo a una vida de oración. Significa no sólo orar, sino orar habitualmente y orar más eficazmente. Es el hombre consagrado quien más realiza con su oración. Dios debe escuchar al hombre totalmente entregado a Dios. Dios no puede negar las peticiones de quien ha renunciado a todo derecho sobre sí mismo y se ha dedicado totalmente a Dios ya su servicio. Este acto del hombre consagrado lo pone “en terreno de oración y de súplica” con Dios. Lo pone al alcance de Dios en oración. Lo coloca donde puede alcanzar a Dios, y donde puede

influir en Dios para que haga cosas que de otro modo no haría. La consagración trae respuestas a la oración. Dios puede depender de los hombres consagrados. Dios puede darse el lujo de comprometerse en oración con aquellos que se han comprometido completamente con Dios. El que da todo a Dios, obtendrá todo de Dios. Habiendo dado todo a Dios, puede reclamar todo lo que Dios tiene para él.

Así como la oración es la condición de la consagración plena, así la oración es el hábito, la regla, de quien se ha consagrado totalmente a Dios. La oración es devenir en la vida consagrada. La oración no es cosa extraña en una vida así. Hay una afinidad peculiar entre la oración y la consagración, porque ambas reconocen a Dios, ambas se someten a Dios y ambas tienen su objetivo y fin en Dios. La oración es parte integrante de la vida consagrada. La oración es la constante, la inseparable, la íntima compañera de la consagración. Caminan y hablan juntos.

Mucho se habla hoy en día de la consagración, y muchos se denominan personas consagradas que no conocen el alfabeto de la misma. Gran parte de la consagración moderna cae muy por debajo del estándar de las Escrituras. Realmente no hay una verdadera consagración en ello. Así como hay mucha oración sin ninguna oración real en ella, así hay mucha llamada corriente de consagración, hoy, en la Iglesia que no tiene una consagración real en ella. Mucho para la consagración en la Iglesia que recibe elogios y aplausos de profesantes superficiales y formales, pero que se desvía del blanco. Hay mucha prisa de un lado a otro, mucho alboroto y plumas, mucho andar y hacer muchas cosas, y los que se ocupan de esta manera se llaman consagrados y consagradas. El problema central con toda esta falsa consagración es que no hay oración en ella, ni es en ningún sentido el resultado directo de la oración. La gente puede hacer muchas cosas excelentes y loables en la Iglesia y ser completamente ajena a una vida de consagración, así como puede hacer muchas cosas y no orar.

Aquí está la verdadera prueba de la consagración. Es una vida de oración. A menos que la oración sea preeminente, a menos que la oración sea al frente, la consagración es defectuosa, engañosa, falsamente nombrada. ¿Él reza? Esa es la pregunta de prueba de todo supuesto hombre consagrado. ¿Es un hombre de oración? Ninguna consagración vale la pena si está desprovista de oración. Sí, más, si no es preeminente y principalmente una vida de oración.

Dios quiere hombres consagrados porque pueden orar y orarán. Puede usar hombres consagrados porque puede usar hombres que oran. Así como los hombres que no oran se interponen en Su camino, lo obstaculizan e impiden el éxito de Su causa, así también los hombres no consagrados son inútiles para Él y lo obstaculizan en la realización de Sus planes de gracia y en la ejecución de Sus nobles propósitos en la redención. Dios quiere hombres consagrados porque quiere hombres de oración. La consagración y la oración se encuentran en el mismo hombre. La oración es la herramienta con la que trabaja el hombre consagrado. Los hombres consagrados son los agentes a través de los cuales actúa la oración. La oración ayuda al consagrado a mantener su actitud de consagración, lo mantiene vivo para Dios y lo ayuda a realizar la obra a la que está llamado ya la que se ha entregado.

La consagración ayuda a la oración eficaz. La consagración le permite a uno sacar el máximo provecho de su oración.

*“Que aquel a quien ahora pertenecemos
haga valer su derecho soberano;
Y tomad todo cántico de gratitud,
Y todo corazón amoroso.*

*“Él justamente nos reclama como suyos,
Quien nos compró por precio;
El cristiano vive sólo para Cristo,
sólo para Cristo muere”.*

Debemos insistir en que el propósito principal de la consagración no es el servicio en el sentido ordinario de esa palabra. En la mente de no pocos, el servicio no significa nada más que participar en algunas de las muchas formas de actividades de la Iglesia moderna. Hay una multitud de tales actividades, suficientes para ocupar el tiempo y la mente de cualquiera, sí, incluso más que suficientes. Algunos de estos pueden ser buenos, otros no tan buenos. La Iglesia actual está llena de maquinaria, organizaciones, comités y sociedades, tanto que el poder que tiene es del todo insuficiente para hacer funcionar la maquinaria, o para proporcionar vida suficiente para hacer todo este trabajo externo. La consagración tiene un fin mucho más alto y noble que gastarse en estas cosas externas.

La consagración tiene como objetivo el tipo correcto de servicio: el tipo bíblico. Busca servir a Dios, pero en una esfera completamente diferente a la que está en la mente de los líderes y trabajadores de la Iglesia de hoy. El primer tipo de servicio mencionado por Zacarías, padre de Juan el Bautista, en su maravillosa profecía y declaración en **Lucas 1:74**, fue así: *“Que nos conceda que, siendo librados de la mano de nuestros enemigos, sirviéndole sin temor, en santidad y justicia, todos los días de nuestra vida”*.

Aquí tenemos la idea de *“servir a Dios en santidad y justicia todos los días de nuestra vida”*. Y el mismo tipo de servicio se menciona en el fuerte tributo de Lucas al padre y a la madre de Juan el Bautista antes del nacimiento de este último: *“Y ambos eran justos delante de Dios, andando irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor”*. Y Pablo, al escribir a los filipenses, da la misma nota clave al poner el énfasis en inocencia de la vida:

“Haced todas las cosas sin murmuraciones ni contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin reprensión en medio de una nación torcida y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo; sosteniendo la palabra de vida.”

Debemos mencionar una verdad extrañamente pasada por alto en estos días por los llamados trabajadores personales, que en las Epístolas de Pablo y otros, no son las llamadas actividades de la Iglesia las que se ponen en primer plano, sino más bien la vida personal. Es buen comportamiento, conducta recta, vida santa, conversación piadosa, temperamento correcto, cosas que pertenecen principalmente a la vida personal en la religión. En todas partes esto se enfatiza, se pone en primer plano, se le da mucha importancia y se insiste en ello. La religión ante todo pone a uno a vivir correctamente. La religión se muestra en la vida. Así es la religión para probar su realidad, su sinceridad y su Divinidad.

*“Que nuestros labios y nuestras vidas
expresen el santo Evangelio que profesamos;
Así que dejemos que nuestras obras y virtudes brillen
Para probar la doctrina toda Divina.*

*“Así proclamaremos mejor en el extranjero
Los honores de nuestro Salvador Dios;*

*Cuando la salvación reina dentro
Y la gracia subyuga el poder del pecado.”*

El primer gran fin de la consagración es la santidad del corazón y de la vida. Es para glorificar a Dios, y esto no se puede hacer de manera más eficaz que mediante una vida santa que fluye de un corazón limpio de todo pecado. La gran carga del corazón que pesa sobre todo aquel que se convierte en cristiano yace justo aquí. Siempre debe tener esto en mente, y para promover esta clase de vida y esta clase de corazón, debe velar, orar, y poner toda su diligencia en usar todos los medios de la gracia. El que está verdadera y plenamente consagrado, vive una vida santa. Él busca la santidad de corazón. No está satisfecho sin él. Con este mismo propósito se consagra a Dios. Se entrega enteramente a Dios para ser santo de corazón y de vida.

Así como la santidad del corazón y de la vida está profundamente impregnada de oración, así la consagración y la oración están íntimamente unidas en la religión personal. Se necesita oración para llevar a uno a una vida tan consagrada de santidad al Señor, y se necesita oración para mantener esa vida. Sin mucha oración, tal vida de santidad se derrumbará. Las personas santas son personas que oran. La santidad de corazón y de vida pone a la gente a orar. La consagración pone a la gente a orar en serio.

Las personas que no oran son ajenas a cualquier cosa como la santidad de corazón y la limpieza de corazón. Aquellos que no están familiarizados con el armario no están interesados en absoluto en la consagración y la santidad. La santidad prospera en el lugar de la oración secreta. Los ambientes del aposento de oración son favorables a su ser ya su cultura. En el armario se encuentra la santidad. La consagración lo lleva a uno a la santidad de corazón, y la oración permanece firme cuando se hace.

El espíritu de consagración es el espíritu de oración. La ley de la consagración es la ley de la oración. Ambas leyes funcionan en perfecta armonía sin la menor sacudida o discordia. La consagración es la expresión práctica de la verdadera oración. Las personas consagradas son conocidas por sus hábitos de oración.

La consagración se expresa así en la oración. El que no está interesado en la oración no tiene interés en la consagración. La oración crea un interés en la consagración, luego la oración lo lleva a uno a un estado del corazón donde la consagración es un tema de deleite, trayendo alegría al corazón, satisfacción al alma, contentamiento al espíritu. El alma consagrada es el alma más feliz. No hay fricción alguna entre el que está

completamente entregado a Dios y la voluntad de Dios. Hay perfecta armonía entre la voluntad de tal hombre y Dios, y Su voluntad. Y estando las dos voluntades en perfecto acuerdo, esto trae descanso del alma, ausencia de fricciones y la presencia de la paz perfecta.

*“Señor, en la fuerza de la gracia,
con un corazón alegre y libre,
Yo mismo, mi resto de días, te consagro.*

*“Tu siervo redimido, yo
Restaura a Ti lo tuyo;
Y desde este momento, viva o muera,
Para servir solo a mi Dios.”*

IX. ORACIÓN Y UNA NORMA RELIGIOSA DEFINITIVA

“El ángel Gabriel lo describió como 'aquello santo' antes de que naciera. Como él era, así somos nosotros, en nuestra medida, en este mundo.”—Dr. Alejandro Blanco

Gran parte de la debilidad, esterilidad y escasez de la religión resulta de la falta de una norma bíblica y razonable en la religión, por la cual moldear el carácter y medir los resultados; y esto resulta en gran parte de la omisión de la oración o de no poner la oración en el estándar. No es posible que marquemos nuestros avances en la religión si no hay un punto hacia el cual estemos avanzando definitivamente.

Siempre debe haber algo definido ante el ojo de la mente a lo que apuntamos y hacia lo que nos dirigimos. No podemos contrastar la forma con la falta de forma si no hay un patrón después del cual modelar. Tampoco puede haber inspiración si no hay un alto nivel que nos estimule.

Muchos cristianos están desarticulados y sin rumbo porque no tienen ante sí un modelo que les sirva de molde para la conducta y el carácter. Simplemente avanzan sin rumbo fijo, con la mente en un estado borroso, sin un patrón a la vista, sin un punto a la vista, sin un estándar por el cual luchar. No existe un estándar por el cual valorar y medir sus esfuerzos. No hay ningún imán para llenar sus ojos, acelerar sus pasos, atraerlos y mantenerlos firmes.

Toda esta vaga idea de religión surge de nociones vagas sobre la oración. Lo que ayuda a que la norma de la religión sea clara y definida es la oración. Lo que ayuda a colocar alto el estándar es la oración. Los que oran son aquellos que tienen algo definido a la vista. De hecho, la oración misma es una cosa muy definida, apunta a algo específico y tiene una marca a la que apunta. La oración apunta a la experiencia religiosa más definida, más elevada y dulce. Los que oran quieren todo lo que Dios tiene reservado para ellos. No se conforman con nada parecido a una vida religiosa baja, superficial, vaga e indefinida. Los que oran no solo buscan una “obra de gracia más profunda”, sino que quieren la obra de gracia más profunda posible y prometida. No buscan ser salvados de algún pecado, sino salvados de todo pecado, tanto interior como exterior. Buscan no solo la liberación del pecado, sino también del pecado mismo, de su ser, su poder y su contaminación. Buscan la santidad de corazón y de vida.

La oración cree y busca la vida religiosa más elevada que se nos presenta en la Palabra de Dios. La oración es la condición de esa vida. La oración señala el único camino hacia tal vida. La norma de una vida religiosa es la norma de la oración. La oración es tan vital, tan esencial, de tan largo alcance, que forma parte de todas las religiones y establece la norma clara y definida ante los ojos. El grado de nuestra estimación de la oración fija nuestras ideas sobre el estándar de una vida religiosa. La norma de la religión bíblica es la norma de la oración. Cuanto más hay de oración en la vida, más definidas y elevadas son nuestras nociones de religión.

Sólo las Escrituras constituyen la norma de vida y experiencia. Cuando hacemos nuestro propio estándar, hay engaño y falsedad para nuestros deseos, la conveniencia y el placer forman la regla, y esa es siempre una regla carnal y baja. De ella quedan fuera todos los principios fundamentales de una religión cristiana. Cualquier norma de religión que haga provisión para la carne, es antibíblica y dañina.

Tampoco servirá dejar que otros fijen la norma de la religión para nosotros. Cuando permitimos que otros hagan nuestro estándar de religión, generalmente es deficiente porque en la imitación, los defectos se transfieren al imitador más fácilmente que las virtudes, y una segunda edición de un hombre se estropea por sus defectos.

El daño más serio al determinar lo que es religión por lo que otros dicen, está en permitir que la opinión corriente, el contagio del ejemplo, el grado de religión corriente entre nosotros, moldee nuestras opiniones y caracteres religiosos. Adoniram Judson le escribió una vez a un amigo: “Déjame rogarte que no te conformes con la religión común que ahora prevalece”.

La religión común agrada a la carne y la sangre. No hay abnegación en ello, ni llevar la cruz, ni autocrucifixión. Es lo suficientemente bueno para nuestros vecinos. ¿Por qué debemos ser singulares y rectos? Otros están viviendo en un plano bajo, en un nivel comprometedor, viviendo como vive el mundo.

¿Por qué debemos ser peculiares, celosos de buenas obras? ¿Por qué debemos luchar para ganar el cielo mientras tantos navegan allí en “lechos floridos de tranquilidad”? ¿Va a ir al cielo la multitud tranquila, descuidada, vagabunda, que vive vidas sin oración? ¿Es el cielo un lugar apropiado para personas que no oran, que viven relajadamente y que aman la comodidad? Esa es la pregunta suprema.

Pablo da la siguiente advertencia acerca de hacer para nosotros la alegre compañía religiosa que busca el placer a nuestro alrededor, el estándar de nuestra medida:

“Porque no nos atrevemos a hacernos del número, ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose entre sí, no son sabios. Pero no nos jactaremos de cosas sin nuestra medida, sino conforme a la medida de la regla que Dios nos ha distribuido, medida que llegue hasta vosotros”.

Ninguna norma de religión merece un momento de consideración que deje la oración fuera del relato. No vale la pena pensar en ningún estándar que no haga de la oración lo principal en la religión.

Tan necesaria es la oración, tan fundamental en el plan de Dios, tan importante para todo como una vida religiosa, que entra en toda religión bíblica. La oración en sí es un estándar, definido, enfático, Bíblico.

Una vida de oración es la regla divina. Este es el patrón, tal como nuestro Señor, siendo un hombre de oración, es el único patrón para nosotros a quien copiar. La oración modela el patrón de una vida religiosa. La oración es la medida. La oración moldea la vida.

La visión vaga, indefinida y popular de la religión no contiene oración. En su programa, la oración se omite por completo o se rebaja tanto y se hace tan insignificante que apenas vale la pena mencionarla. El estándar de religión del hombre no tiene oración al respecto.

Es la norma de Dios a la que debemos apuntar, no la del hombre. No son las opiniones de los hombres, ni lo que dicen, sino lo que dicen las Escrituras. Nociones vagas de religión surgen de nociones bajas de oración.

La falta de oración engendra visiones vagas, nubladas e indefinidas de lo que es la religión. La vida sin rumbo y la falta de oración van de la mano. La oración establece algo definido en la mente. La oración busca algo específico. Cuanto más definidos sean nuestros puntos de vista sobre la naturaleza y la necesidad de la oración, más definidos serán nuestros puntos de vista sobre la experiencia cristiana y la vida recta, y menos

vagos nuestros puntos de vista sobre la religión. Un bajo nivel de religión vive duramente por un bajo nivel de oración.

Todo en una vida religiosa depende de ser definido. La definición de nuestras experiencias religiosas y de nuestro vivir dependerá de la definición de nuestros puntos de vista sobre lo que es la religión y las cosas en que consiste.

Las Escrituras siempre nos presentan la única norma de la plena consagración a Dios. Esta es la regla Divina. Este es el lado humano de este estándar. El sacrificio aceptable a Dios debe ser completo, completo, un holocausto total. Esta es la medida establecida en la Palabra de Dios. Nada menos que esto puede agradar a Dios. Nada a medias puede agradarle.

“Un sacrificio vivo”, santo y perfecto en todas sus partes, es la medida de nuestro servicio a Dios. Una renuncia total de sí mismo, un reconocimiento libre del derecho de Dios sobre nosotros y una ofrenda sincera de todo a Él: esta es el requisito de la Dios.

Nada indefinido en eso. Nada está en aquello que se rige por las opiniones de los demás o se ve afectado por la forma en que los hombres viven acerca de nosotros.

Y mientras una vida de oración se abraza en una consagración tan completa, al mismo tiempo la oración lleva al punto donde se hace una consagración completa a Dios. La consagración no es más que la expresión silenciosa de la oración. Y el estándar religioso más alto es la medida de la oración y la entrega a Dios. La vida de oración y la vida consagrada son compañeras en la religión. Están tan estrechamente aliados que nunca se separan. La vida de oración es el fruto directo de la entera consagración a Dios. La oración es el desbordamiento natural de una vida realmente consagrada. La medida de la consagración es la medida de la verdadera oración. Ninguna consagración es agradable a Dios si no es perfecta en todas sus partes, así como ningún holocausto de un judío fue aceptable para Dios a menos que fuera un “holocausto total”. Y una consagración de este tipo, según esta medida divina, tiene como principio básico el oficio de orar. La consagración se hace a Dios. La oración tiene que ver con Dios. La consagración es ponerse enteramente a la disposición de Dios. Y Dios quiere y manda que todos sus consagrados sean orantes. Este es el único estándar definido al que debemos apuntar. Más bajo que esto no podemos darnos el lujo de buscar.

Una norma bíblica de religión incluye una experiencia religiosa clara. La religión no es más que experimental. La religión apela a la conciencia interna. Es una experiencia en todo caso, y una experiencia además de una vida religiosa. Existe la parte interna de la religión así como la externa. No solo debemos “ocuparnos en nuestra salvación con temor y temblor”, sino que “es Dios quien produce en nosotros el querer y el hacer por su buena voluntad”. Hay una “buena obra en ti”, así como una vida exterior para ser vivida. El nuevo nacimiento es una experiencia cristiana definida, comprobada por marcas infalibles, apelando a la conciencia interior. El testimonio del Espíritu no es algo vago e indefinido, sino una seguridad interna definida y clara dada por el Espíritu Santo de que somos hijos de Dios.

De hecho, todo lo que pertenece a la experiencia religiosa es claro y definido, trayendo alegría, paz y amor conscientes. Y esta es la norma Divina de la religión, una norma alcanzada por la oración ferviente y constante, y una experiencia religiosa que se mantiene viva y ampliada por los mismos medios de la oración.

Un fin para alcanzar, hacia el cual se debe dirigir el esfuerzo, es importante en toda búsqueda para darle unidad, energía y firmeza. En la vida cristiana, tal fin es muy importante. Sin una norma elevada ante nosotros que alcanzar, que estamos buscando fervientemente, la lasitud enervará el esfuerzo, y la experiencia pasada se manchará o se exhalará en un mero sentimiento, o se endurecerá en un principio frío y sin amor.

debemos continuar “Por tanto, dejando los principios de la doctrina de Cristo, avancemos a la perfección”. El terreno actual que ocupamos debe mantenerse mediante avances, y todo el futuro debe ser cubierto e iluminado por él. En religión, no sólo debemos continuar. Debemos saber hacia dónde vamos. Todo esto es importante. Es esencial que, al proseguir con la experiencia religiosa, tengamos algo definido a la vista y nos dediquemos a ese único punto. Continuar y no saber a qué lugar vamos es demasiado vago e indefinido, y es como un hombre que comienza un viaje y no tiene ningún destino a la vista. Es importante que no perdamos de vista el punto de partida de una vida religiosa, y que midamos los pasos ya recorridos. Pero también es necesario que el fin se mantenga a la vista y que los pasos necesarios para alcanzar el estándar estén siempre en el ojo.

X. ORACIÓN NACIDA DE LA COMPASIÓN

“Abre tu Nuevo Testamento, llévalo contigo hasta tus rodillas, y pon a Jesucristo delante de ti. ¿Eres como David en el Salmo 63? ¿Tu alma tiene sed de Dios, y tu carne anhela a Dios en una tierra seca y árida donde no hay agua? Entonces pon a Jesús junto al pozo de Samaria ante los ojos de tu corazón sediento y ponlo de nuevo ante tu corazón cuando se paró en el último día, ese gran día de la fiesta, y clamó, diciendo: 'Si alguno tiene sed, déjalo. venid a mí y bebed. ¿O eres como David después del asunto de Urías? 'Porque, día y noche, tu mano se agravó sobre mí: mi humedad se convirtió en sequedad de verano.' Entonces pon delante de ti a Aquel que dice: 'No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento. Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos. . ¿O eres el infeliz padre de un hijo pródigo? Entonces, pon a tu Padre en el cielo siempre delante de ti: y pon al Hijo de Dios siempre delante de ti mientras compone y predica la parábola de todas las parábolas para ti y tu hijo.”—Dr. Alejandro Blanco

Hablamos aquí más particularmente de la compasión espiritual, aquella que nace en un corazón renovado, y que allí encuentra hospitalidad. Esta compasión tiene en sí la cualidad de la misericordia, es de la naturaleza de la piedad y mueve el alma con ternura de sentimiento por los demás. La compasión se mueve al ver el pecado, el dolor y el sufrimiento. Está en el otro extremo de la indiferencia de espíritu hacia las necesidades y aflicciones de los demás, y está muy lejos de la insensibilidad y la dureza de corazón, en medio de la necesidad, los problemas y la miseria. La compasión está por encima de la simpatía por los demás, se interesa por ellos y se preocupa por ellos.

Lo que excita y desarrolla la compasión y la pone a trabajar, es la vista de multitudes necesitadas y afligidas, e indefensas para hacer sus necesidades. La impotencia apela especialmente a la compasión. La compasión es silenciosa pero no permanece recluida. Se apaga a la vista de los problemas, el pecado y la necesidad.

La compasión se agota en la oración ferviente, en primer lugar, por aquellos por quienes se siente y siente simpatía por ellos. La oración por los demás nace de un corazón compasivo. La oración es natural y casi espontánea cuando la compasión se engendra en el corazón. La oración pertenece al hombre compasivo.

Hay una cierta compasión que pertenece al hombre natural, que gasta su fuerza en simples regalos a los necesitados, que no deben ser despreciados. Pero la compasión espiritual, la que nace en un corazón renovado, que es de naturaleza cristiana, es más profunda, más amplia y más parecida a la oración. La compasión cristiana siempre mueve a la oración. Este tipo de compasión va más allá del alivio de las meras

necesidades corporales y de decir: “Calentaos, vestíos”. Llega más profundo y va mucho más lejos.

La compasión no es ciega. Más bien deberíamos decir que la compasión no nace de la ceguera. El que tiene compasión del alma tiene ojos, ante todo, para ver las cosas que excitan la compasión. Aquel que no tiene ojos para ver la excesiva pecaminosidad del pecado, las necesidades y aflicciones de la humanidad, nunca tendrá compasión por la humanidad. Está escrito de nuestro Señor que “cuando vio las multitudes, tuvo compasión de ellas”. Primero, viendo las multitudes, con su hambre, sus aflicciones y su desamparo, luego la compasión. Luego oración por las multitudes. Duro es, y lejos de ser como Cristo, el que ve las multitudes y no se conmueve a la vista de su triste estado, su infelicidad y su peligro. No tiene un corazón de oración por los hombres.

La compasión no siempre puede mover a los hombres, pero siempre se mueve hacia los hombres. Es posible que la compasión no siempre vuelva a los hombres hacia Dios, pero hará, y lo hace, hacer que Dios se vuelva hacia el hombre. Y donde es más indefenso para aliviar las necesidades de los demás, al menos puede convertirse en oración a Dios por los demás. La compasión nunca es indiferente, egoísta y olvidadiza de los demás. La compasión sólo tiene que ver con los demás. El hecho de que las multitudes fueran como ovejas sin pastor, fue lo único que atrajo la naturaleza compasiva de nuestro Señor. Entonces el hambre de ellos lo conmovió, y la vista de los sufrimientos y enfermedades de estas multitudes agitó la piedad de su corazón.

*“Padre de las misericordias,
envía Tu gracia Todopoderosa desde lo alto,
Para formar en nuestras almas obedientes
La imagen de Tu amor.*

*“Oh, que nuestros pechos compasivos
Que generoso placer saber;
Amablemente para compartir en la alegría de los demás,
y llora por la aflicción de los demás.”*

Pero la compasión no tiene que ver únicamente con el cuerpo y sus discapacidades y necesidades. El estado angustioso del alma, sus necesidades y peligros apelan a la compasión. El supremo estado de gracia se conoce por la marca infalible de la compasión por los pobres pecadores. Este tipo de compasión pertenece a la gracia, y ve

no solo los cuerpos de los hombres, sino también sus espíritus inmortales, manchados por el pecado, infelices en su condición sin Dios y en peligro inminente de perderse para siempre. ante el tribunal de Dios, entonces es que prorrumpe en intercesiones por los hombres pecadores. Entonces es que la compasión habla de esta manera:

“Pero mi compasión se muestra débil, y sólo puede llorar donde más ama; Tu propio brazo salvador emplea, y convierte estas gotas de dolor en alegría.”

El profeta Jeremías declara esto acerca de Dios, dando la razón por la cual los pecadores no son consumidos por Su ira:

“Es por las misericordias del Señor que no somos consumidos, porque nunca faltó su compasión”.

Y es esta cualidad divina en nosotros la que nos hace tan parecidos a Dios. Así encontramos al salmista describiendo al hombre justo que es declarado bendecido por Dios: *“Misericordioso, misericordioso y justo”.*

Y como un gran estímulo para los pecadores penitentes que oran, el salmista registra algunos de los atributos sorprendentes del carácter divino: *“Misericordioso y misericordioso es el Señor, tardo para la ira y grande en misericordia”.*

No es de extrañar, entonces, que encontremos registrado varias veces de nuestro Señor mientras estuvo en la tierra que *“fue movido a compasión”.* ¿Puede alguien dudar de que Su compasión lo movió a orar por aquellos que sufrían y afligían que se cruzaban en Su camino?

Pablo estaba maravillosamente interesado en el bienestar religioso de sus hermanos judíos, se preocupaba por ellos, y su corazón se encendía extrañamente con una tierna compasión por su salvación, a pesar de que ellos lo maltrataban y lo perseguían dolorosamente. Escribiendo a los Romanos, le oímos expresarse así: *“Verdad digo en Cristo, no miento, dándome testimonio mi*

conciencia en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón; porque desearía yo mismo ser anatema por causa de mis hermanos, mis parientes según la carne.”

¡Qué maravillosa compasión se describe aquí por la propia nación de Pablo! Que maravilla que un poco más adelante registra su deseo y oración:

“Hermanos, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios por Israel es que sean salvos”.

Tenemos un caso interesante en Mateo que nos da cuenta de lo que entusiasmó tanto la compasión de nuestro Señor en un tiempo:

“Pero cuando vio las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque desfallecían y se dispersaban como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.”

De declaraciones paralelas parece que nuestro Señor había llamado a Sus discípulos a un lado para descansar un rato, exhaustos como estaban Él y ellos por las excesivas corrientes de aire sobre ellos, por el contacto incesante con las personas que siempre iban y venían, y por su trabajo agotador en ministrando a las inmensas multitudes. Pero las multitudes le preceden, y en lugar de encontrar soledad en el desierto, quietud y reposo, encuentra grandes multitudes deseosas de ver y oír, y de ser sanadas. Sus compasiones son conmovidas. Las cosechas maduras necesitan trabajadores. No llamó a estos obreros de inmediato, por autoridad soberana, sino que encargó a los discípulos que se dirigieran a Dios en oración, pidiéndole que enviara obreros a su mies.

Aquí está la urgencia de la oración impuesta por las compasiones de nuestro Señor. Es oración nacida de la compasión por la humanidad que perece. Se presiona a la Iglesia para que se envíen obreros a la mies del Señor. La cosecha se desperdiciará y perecerá sin los trabajadores, mientras que los trabajadores deben ser escogidos por Dios, enviados por Dios y comisionados por Dios. Pero Dios no envía a estos trabajadores a Su mies sin oración. El fracaso de los obreros se debe al fracaso de la oración. La escasez de obreros en la cosecha se debe al hecho de que la Iglesia no ora por obreros conforme a Su mandato.

La recolección de las cosechas de la tierra para los graneros del cielo depende de las oraciones del pueblo de Dios. La oración asegura suficientes trabajadores en cantidad y calidad para todas las necesidades de la cosecha. Los obreros escogidos de Dios, los obreros dotados de Dios y los obreros empujados por Dios, son los únicos que

verdaderamente irán, llenos de la compasión de Cristo y dotados del poder de Cristo, cuya marcha será provechosa, y estos se aseguran mediante la oración. El pueblo de Cristo de rodillas con la compasión de Cristo en sus corazones por los moribundos y por las almas necesitadas, expuestas al peligro eterno, es la promesa de obreros en número y carácter para satisfacer las necesidades de la tierra y los propósitos del cielo.

Dios es soberano de la tierra y del cielo, y la elección de los trabajadores en Su cosecha no la delega a nadie más. La oración lo honra como soberano y lo mueve a su sabia y santa selección. Tendremos que poner la oración al frente antes de que los campos del paganismo sean labrados con éxito para Cristo. Dios conoce a Sus hombres, y Él también conoce muy bien Su obra. La oración hace que Dios envíe a los mejores hombres y los hombres más aptos y los hombres mejor calificados para trabajar en la cosecha.

Mover la causa misionera por fuerzas de este lado de Dios ha sido su perdición, su debilidad y su fracaso. La compasión por el mundo de los pecadores, caídos en Adán, pero redimidos en Cristo, moverá a la Iglesia a orar por ellos y moverá a la Iglesia a orar al Dueño de la mies para que envíe obreros a la mies.

*“Señor de la mies, escucha
el grito de tus siervos necesitados;
Responde a la oración eficaz de nuestra fe,
Y todos nuestros deseos de suministro.*

*“Convertíos y enviad más
en tu Iglesia en el extranjero;
Y que hablen tu palabra de poder,
como obreros con su Dios.”*

¡Qué consuelo y qué esperanza hay para llenar nuestros pechos cuando pensamos en uno en el Cielo que siempre vive para interceder por nosotros, porque “su compasión nunca falla!” Por encima de todo, tenemos un Salvador compasivo, uno “que puede tener compasión de los ignorantes y de los extraviados, porque él mismo está rodeado de debilidades”. La compasión de nuestro Señor le queda bien por ser el Gran Sumo Sacerdote de la raza caída, perdida e indefensa de Adán.

Y si Él está tan lleno de compasión que lo mueve a la diestra del Padre a interceder por nosotros, entonces, en todo caso, debemos tener la misma compasión por los ignorantes y los descarriados, expuestos a la ira divina, como se movería oremos por ellos. Solo en la medida en que seamos compasivos, oraremos por los demás. La compasión no gasta su fuerza simplemente diciendo: “Calentaos; vístanse”, sino que nos impulsa a arrodillarnos en oración por aquellos que necesitan a Cristo y su gracia.

*“El Hijo de Dios en lágrimas
Los ángeles maravillados ven;
¡Atónita, oh alma mía!
Él derramó esas lágrimas por ti.*

*“Él lloró para que nosotros lloráramos;
Cada pecado exige una lágrima;
Solo en el cielo no se encuentra pecado,
Y no hay llanto allí”.*

Jesucristo fue totalmente hombre. Mientras que Él era el Hijo Divino de Dios, al mismo tiempo, Él era el Hijo humano de Dios. Cristo tenía un lado eminentemente humano, y aquí reinaba la compasión. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. En un momento, ¡cómo la carne parece haberse debilitado bajo la terrible tensión sobre Él, y cómo debe haberse encogido internamente bajo el dolor y la tensión! Mirando hacia el cielo, ora: “Padre, sálvame de esta hora”. Cómo el espíritu se enerva y sostiene: “pero por esta causa vine a esta hora”. Solo puede resolver este misterio quien ha seguido a Su Señor en las dificultades, la tristeza y el dolor, y se dio cuenta de que “el espíritu está dispuesto pero la carne es débil”.

Todo esto hizo que nuestro Señor fuera apto para ser un Salvador compasivo. No es pecado sentir el dolor y darse cuenta de la oscuridad en el camino al que Dios conduce. Es humano clamar contra el dolor, el terror y la desolación de esa hora. Es divino clamar a Dios en esa hora, incluso mientras se encoge y se hunde: “Por esta razón vine a esta hora”. ¿Caeré por la debilidad de la carne? No. “Padre, glorifica tu nombre”. ¡Cuán fuerte y verdadero nos hace tener una estrella polar que nos guíe a la gloria de Dios!

XI. ORACIÓN CONCERTADA

“Un turista, al escalar una cumbre alpina, se encuentra atado por una fuerte cuerda a su fiel guía y a tres de sus compañeros de viaje. Mientras bordean un precipicio peligroso, no puede orar: 'Señor, detén mis pasos en un camino seguro, para que mis pasos no resbalen, pero en cuanto a mi guía y compañeros, deben cuidarse a sí mismos'. La única oración apropiada en tal caso es, 'Señor, detén nuestras marchas en un camino seguro; porque si uno resbala, todos pereceremos’”. —H. Arcilla Trumbull

El piadoso Quesnel dice que *“Dios se encuentra en la unión y el acuerdo. Nada es más eficaz que esto en la oración.”*

Las intercesiones se combinan con oraciones y súplicas. La palabra no significa necesariamente oración en relación con los demás. Significa un encuentro, un encuentro con el amigo más íntimo para una comunión libre y sin restricciones. Implica oración, libre, familiar y audaz. Nuestro Señor trata esta cuestión del concierto de oración en el capítulo dieciocho de Mateo.

Se ocupa del beneficio y la energía resultantes de la agregación de las fuerzas de oración. El principio de la oración y la promesa de la oración se entenderán mejor en la conexión en la que fueron hechas por nuestro Señor:

“Además, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; ti, has ganado a tu hermano. Pero si no te oyere, toma aún contigo uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos se establezca toda palabra. “Y si no los oyere, díselo a la iglesia; pero si no oye el iglesia, sea para ti como un pagano y un publicano.

De cierto os digo, que todo lo que atéis en la tierra, será atado en los cielos; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.

Esto representa a la Iglesia en oración para hacer cumplir la disciplina a fin de que sus miembros que han sido sorprendidos por faltas puedan ceder fácilmente al proceso disciplinario. Además, es la Iglesia convocada a un concierto de oración para reparar el despilfarro y la fricción resultantes del corte de una Iglesia ofensora. Esta última

instrucción en cuanto a un concierto de oración es que todo el asunto puede remitirse a Dios Todopoderoso para Su aprobación y ratificación.

Todo esto significa que el agente principal, concluyente y todopoderoso en la Iglesia es la oración, ya sea, como hemos visto en Mateo 9 , para echar obreros a los campos de cosecha terrenales de Dios, o para excluir de la Iglesia a un violador. de unidad, de ley y de orden, que no escuchará a sus hermanos ni se arrepentirá y confesará su falta.

Significa que la disciplina de la Iglesia, ahora un arte perdido en la Iglesia moderna, debe ir de la mano con la oración, y que la Iglesia que no tiene disposición para separar a los malhechores de la Iglesia, y que no tiene espíritu de excomunión para los incorregibles transgresores de la ley y orden, no tendrá comunicación con Dios. La pureza de la Iglesia debe preceder a las oraciones de la Iglesia. La unidad de disciplina en la Iglesia precede a la unidad de oración de la Iglesia.

Nótese con énfasis que una Iglesia que es descuidada en la disciplina será descuidada en la oración. Una Iglesia que tolera en su comunión a los malhechores, dejará de orar, dejará de orar consensualmente, y dejará de ser una Iglesia reunida en oración en el nombre de Cristo.

Este asunto de la disciplina de la Iglesia es importante en las Escrituras. La necesidad de velar por la vida de sus miembros es de la Iglesia de Dios. La Iglesia es una organización de ayuda mutua, y está encargada de velar por el cuidado de todos sus miembros. La conducta desordenada no puede pasar desapercibida. El curso del procedimiento en tales casos se da claramente en el capítulo dieciocho de Mateo, al que ya se ha hecho referencia. Además, Pablo, en **Gálatas 6:1**, da instrucciones explícitas en cuanto a aquellos que caen en pecado en la Iglesia: *“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal en el espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.”*

La obra de la Iglesia no es solo buscar miembros, sino velar y protegerlos después de que hayan entrado en la Iglesia. Y si alguno es sorprendido por el pecado; deben ser buscados, y si no pueden curarse de sus faltas, entonces debe hacerse la escisión. Esta es la doctrina que nuestro Señor establece.

Es algo sorprendente que la Iglesia en Éfeso, (**Apoc. 2**) aunque había dejado su primer amor, y había decaído tristemente en la piedad vital y en aquellas cosas que componen la

vida espiritual, sin embargo recibe crédito por esta buena cualidad: “ No puedes soportar a los malos.”

Mientras que la Iglesia de Pérgamo fue amonestada porque tenía allí entre sus miembros a quienes enseñaban doctrinas tan dañinas que eran piedra de tropiezo para otros. Y no tanto que tales personajes estuvieran en la Iglesia, sino que fueran tolerados. La impresión es que los líderes de la Iglesia estaban ciegos ante la presencia de personajes tan dañinos y, por lo tanto, no estaban dispuestos a administrar disciplina. Esta indisposición era un signo infalible de falta de oración entre los miembros. No hubo unión de esfuerzos de oración buscando limpiar la Iglesia y mantenerla limpia.

Esta idea disciplinaria se destaca prominentemente en los escritos del Apóstol Pablo a las Iglesias. La Iglesia de Corinto tuvo un caso notorio de fornicación en el que un hombre se había casado con su madrastra, y esta Iglesia no se había preocupado por esta iniquidad. Pablo reprendió bastante severamente a esta Iglesia y dio un mandato explícito en este sentido: “Quitad, pues, de entre vosotros a ese malvado”. Aquí había un concierto de acción por parte de la gente que oraba exigido por Pablo.

Una iglesia tan buena como la de Tesalónica necesitaba instrucción y precaución en este asunto de cuidar a las personas desordenadas. Entonces oímos a Pablo decirles:

“Ahora os mandamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente”.

No es la mera presencia de personas desordenadas en una Iglesia lo que merece el desagrado de Dios. Es cuando son tolerados bajo la súplica equivocada de “soportarlos”, y no se toman medidas para curarlos de sus malas prácticas o excluirlos de la comunión de la Iglesia. Y este flagrante abandono por parte de la Iglesia de sus miembros descarriados, no es más que un triste signo de falta de oración, porque una Iglesia orante, dada a la oración mutua, a la oración de acuerdo, está dispuesta a discernir cuando un hermano es sorprendido en un falta, y busca restaurarlo o cortarlo si es incorregible.

Gran parte de esto se remonta a la falta de visión espiritual por parte de los líderes de la Iglesia. El Señor, por boca del profeta Isaías, hizo una vez la pregunta muy pertinente y sugestiva: “¿Y quién es ciego sino mi siervo?” Esta ceguera en el liderazgo de la Iglesia no es más evidente que en esta cuestión de ver a los malhechores en la Iglesia, en cuidar de ellos, y cuando el esfuerzo por restaurarlos falla, retirarles la comunión y dejarlos ser

“como un hombre pagano y un publicano”. La verdad es que hay tanta codicia por los miembros de la Iglesia en estos tiempos modernos, que los funcionarios y predicadores han perdido completamente de vista a los miembros que han violado los convenios bautismales y que viven en abierta indiferencia hacia la Palabra de Dios. La idea ahora es la cantidad de miembros, no la calidad.

La pureza de la Iglesia se pone en un segundo plano en la locura por asegurar los números, y por rellenar las listas de la Iglesia y hacer grandes cifras en las columnas estadísticas. Oración, mucha oración, oración mutua, devolvería a la Iglesia a las normas bíblicas y purgaría a la Iglesia de muchos malhechores, mientras que podría curar a no pocos de sus malas vidas.

La oración y la disciplina de la Iglesia no son nuevas revelaciones de la dispensación cristiana. Estas dos cosas ocupaban un lugar destacado en la Iglesia judía. Los casos son demasiado numerosos para mencionarlos todos. Esdras es un ejemplo de ello. Cuando regresó del cautiverio, encontró un estado de cosas triste y angustioso entre el pueblo del Señor que había quedado en la tierra. No se habían separado de los paganos de los alrededores y se habían casado con ellos, en contra de los mandatos divinos.

Y los altos de la Iglesia estaban involucrados, los sacerdotes y los levitas con otros. Esdras se conmovió mucho por la cuenta que se le dio, y rasgó sus vestidos y lloró y oró. Los malhechores en la Iglesia no obtuvieron su aprobación, ni les cerró los ojos ni los excusó, ni comprometió la situación. Cuando hubo terminado de confesar los pecados del pueblo y de su oración, el pueblo se reunió delante de él y se unió a él en un acuerdo de pacto para quitar de ellos sus malas obras, y lloraron y oraron en compañía de Esdras.

El resultado fue que el pueblo se arrepintió por completo de sus transgresiones, e Israel fue reformado. Orando y un buen hombre, que no era ni ciego ni despreocupado, hizo la hazaña.

De Esdras está escrito: “Porque se lamentó a causa de la transgresión de los que habían sido llevados”. Así es con cada hombre de oración en la Iglesia cuando tiene ojos para ver la transgresión de los malhechores en la Iglesia, que tiene un corazón para afligirse por ellos y que tiene un espíritu en él tan preocupado por la Iglesia que ora por ella. .

Bienaventurada la Iglesia que tiene líderes de oración, que pueden ver lo que está desordenado en la Iglesia, que se afligen por ello, y que extienden sus manos para

corregir los males que dañan la causa de Dios como un peso para su progreso. Un punto en la acusación contra aquellos “que descansan en Sión”, a la que se refiere Amós, es que “no se entristecen por la aflicción de José”. Y esta misma acusación podría presentarse contra los líderes de la Iglesia de los tiempos modernos. No se entristecen porque los miembros estén sumidos en el frenesí de las cosas mundanas y carnales, ni cuando en la Iglesia anden abiertamente en desorden, cuyas vidas escandalicen a la religión. Por supuesto, tales líderes no oran sobre el asunto, porque orar engendraría en ellos un espíritu de solicitud por estos malhechores, y alejaría el espíritu de indiferencia que los posee.

Sería bueno que los líderes de la Iglesia que no oran y los pastores descuidados leyeran el relato del hombre del cuerno de tinta en Ezequiel, capítulo 9, donde Dios instruyó al profeta para que enviara a través de la ciudad a ciertos hombres que destruirían a los que estaban en la ciudad a causa de los grandes males. encontrado en el mismo. Pero ciertas personas debían ser perdonadas. Estos son los que “gimen y claman por todas las abominaciones que se hacen en medio de la ciudad”. El hombre con el cuerno de tinta debía marcar a cada uno de estos suspirantes y dolientes para que escaparan de la destrucción inminente. Tenga en cuenta que las instrucciones eran que la matanza de aquellos que no lloraron y suspiraron debería "comenzar en mi santuario".

¡Qué lección para los funcionarios despreocupados y que no oran de la Iglesia moderna! Cuán pocos son los que “gimen y claman” por las abominaciones de hoy en día en la tierra, y que se entristecen por las desolaciones de Sión! ¡Qué necesidad de que “dos o tres se reúnan” en un concierto de oración sobre estas condiciones, y en el lugar secreto lloren y oren por los pecados en Sión!

Este concierto de oración, este acuerdo en la oración, enseñado por nuestro Señor en el capítulo dieciocho de Mateo, encuentra prueba e ilustración en otros lugares. Este fue el tipo de oración a la que se refirió Pablo en su petición a sus hermanos romanos, registrada en **Romanos 15:30**:

“Ahora os ruego, hermanos, por amor del Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu, que luchéis conmigo en vuestras oraciones a Dios por mí; para que sea librado de los que no creen en Judea.”

Aquí está la unidad en la oración, la oración por acuerdo, y la oración que conduce directamente a la liberación de los hombres incrédulos y malvados, el mismo tipo de

oración instado por nuestro Señor, y el fin prácticamente el mismo, la liberación de los hombres incrédulos, esa liberación obrada por llevándolos al arrepentimiento o por exclusión de la Iglesia.

La misma idea se encuentra en **2 Tes. 3:1**:

“Finalmente, hermanos, orad por nosotros para que la palabra del Señor tenga libre curso y sea glorificada, así como lo es con vosotros; y para que seamos librados de los hombres irrazonables y malvados.”

Aquí se une la oración solicitada por un Apóstol, entre otras cosas, por la liberación de los hombres impíos, esa misma que la Iglesia de Dios necesita en este día. Al unir sus oraciones a las de él, se logró el anhelado fin de librarse de hombres que eran dañinos para la Iglesia de Dios y que eran un estorbo para el correr de la Palabra del Señor. Preguntémonos, ¿no hay en la Iglesia actual aquellos que son un obstáculo positivo para el progreso de la Palabra del Señor? ¿Qué mejor curso hay que orar juntos sobre la cuestión, al mismo tiempo usando el curso de disciplina dado por Cristo primero para salvarlos, pero fallando en ese curso, para extirparlos del cuerpo?

¿Parece un curso duro? Entonces nuestro Señor mismo fue culpable de dureza, porque termina estas instrucciones diciendo: “Pero si no escucha a la iglesia, tenlo como a un pagano y a un publicano”.

Esta dureza no es mayor que la acción del hábil cirujano, que ve el cuerpo entero y sus miembros en peligro por un miembro gangrenoso, y secciona el miembro del cuerpo por el bien del todo. No hubo más dureza en el capitán y la tripulación del barco en el que se encontró a Jonás, cuando se levantó la tormenta que amenazaba con destruir a todos a bordo, para arrojar por la borda al profeta que huía. Lo que parece dureza es obediencia a Dios, es para el bien de la Iglesia, y es sabiduría en extremo.

XII. LA UNIVERSALIDAD DE LA ORACIÓN

“Se necesita más del poder del Espíritu para santificar la granja, el hogar, la oficina, la tienda, el taller que para santificar a la Iglesia. Se necesita más del poder del Espíritu para santificar el sábado que para santificar el domingo. Se necesita mucho más del poder del Espíritu para ganar dinero para Dios que para hacer un discurso para Dios. Mucho más vivir una gran vida para Dios que predicar un gran sermón.”—Edward M. Bounds

La oración es de gran alcance en su influencia y mundial en sus efectos. Afecta a todos los hombres, los afecta en todas partes y los afecta en todas las cosas. Toca el interés del hombre en el tiempo y la eternidad. Se aferra a Dios y lo mueve a interferir en los asuntos de la tierra. Mueve a los ángeles a ministrar a los hombres en esta vida. Refrena y derrota al diablo en sus planes para arruinar al hombre. La oración va por todas partes y pone su mano sobre todo. Hay una universalidad en la oración. Cuando hablamos de la oración y su obra debemos usar términos universales. Es individual en su aplicación y beneficios, pero es general y mundial al mismo tiempo en sus buenas influencias. Bendice al hombre en cada evento de la vida, le brinda ayuda en cada emergencia y le da consuelo en cada problema. No hay experiencia por la que el hombre esté llamado a pasar, pero la oración está ahí como ayuda, consolación y guía.

Cuando hablamos de la universalidad de la oración, descubrimos muchos aspectos de ella. Primero, se puede señalar que todos los hombres deben orar. La oración está destinada a todos los hombres, porque todos los hombres necesitan a Dios y necesitan lo que Dios tiene y lo que sólo la oración puede asegurar. Como los hombres están llamados a orar en todas partes, en consecuencia todos los hombres deben orar por los hombres que están en todas partes. Los términos universales se usan cuando a los hombres se les ordena orar, mientras que hay una promesa en términos universales para todos los que claman a Dios por perdón, misericordia y ayuda: “Porque no hay diferencia ; porque el mismo que es Señor de todo, es rico para con todos los que le invocan.

“Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”.

Como no hay diferencia en el estado de pecado en que se encuentran los hombres, y todos los hombres necesitan la gracia salvadora de Dios, la cual sólo puede bendecirlos, y como esta gracia salvadora se obtiene sólo en respuesta a la oración, todos los hombres están llamados a orar por sus mismas necesidades.

Es una regla de interpretación bíblica que cada vez que se emite un mandato sin limitación, es universal en fuerza obligatoria. Así que las palabras del Señor en Isaías van al grano:

“Buscad al Señor mientras pueda ser hallado; llámalo mientras está cerca. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, quien tendrá misericordia, y al Dios nuestro, quien será amplio en perdonar.”

Así como la maldad es universal, y como el perdón es necesario para todos los hombres, así todos los hombres deben buscar al Señor mientras pueda ser hallado, y deben invocarlo mientras está cerca. La oración pertenece a todos los hombres porque todos los hombres son redimidos en Cristo. Orar es un privilegio para todo hombre, pero no es menos un deber ineludible invocar a Dios. Ningún pecador está excluido del propiciatorio. Todos son bienvenidos a acercarse al trono de la gracia con todas sus necesidades y aflicciones, con todos sus pecados y cargas.

“Ven todo el mundo, ven, pecador, todas las cosas en Cristo están listas ahora”.

Cada vez que un pobre pecador vuelve sus ojos a Dios, sin importar dónde se encuentre ni cuál sea su culpa y pecaminosidad, el ojo de Dios está sobre él y Su oído está abierto a sus oraciones.

Pero los hombres pueden orar en todas partes, ya que Dios es accesible en todos los climas y en todas las circunstancias. “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni duda”.

Ninguna localidad está demasiado lejos de Dios en la tierra para llegar al cielo. Ningún lugar es tan remoto que Dios no pueda ver y oír a quien mira hacia Él y busca Su rostro. Oliver Holden pone en un himno estas palabras:

*“Entonces, alma mía, en cada apuro,
a tu Padre ven y espera;
Él responderá cada oración;
Dios está presente en todas partes”.*

Sólo existe esta modificación de la idea de que uno puede orar en todas partes. Algunos lugares, a causa de los malos negocios que allí se llevan a cabo, o a causa de los ambientes que allí pertenecen, que surgen del lugar mismo, el carácter moral de los que

llevan a cabo el negocio, y de los que lo sostienen, son lugares donde la oración no estaría en su lugar. Podríamos citar el salón, el teatro, la ópera, la mesa de juego, el baile y otros lugares similares de diversión mundana. La oración está tan fuera de lugar en tales lugares que nadie se atrevería jamás a orar. La oración sería una intrusión, tan considerada por los propietarios, los patrocinadores y los partidarios de tales lugares. Además, aquellos que asisten a tales lugares no son personas que oran. Pertenecen casi en su totalidad a la multitud de mundanos que no oran.

Si bien debemos orar en todas partes, sin duda significa que no debemos frecuentar lugares donde no podemos orar. Orar en todas partes es orar en todos los lugares legítimos, y asistir especialmente a aquellos lugares donde la oración es bienvenida y recibe grata hospitalidad. Orar en todas partes es preservar el espíritu de oración en los lugares de trabajo, en nuestras relaciones con los hombres y en la intimidad del hogar en medio de todas sus preocupaciones domésticas.

La Oración Modelo de nuestro Señor, llamada familiarmente “La Oración del Señor”, es la oración universal, porque se adapta peculiarmente a todos los hombres en todas partes en todas las circunstancias en todos los tiempos de necesidad. Se puede poner en boca de todas las personas en todas las naciones y en todos los tiempos. Es un modelo de oración que no necesita enmienda ni alteración para cada familia, pueblo y nación.

Además, la oración tiene su aplicación universal en que todos los hombres deben ser sujetos de oración.

Se debe orar por todos los hombres en todas partes. La oración debe abarcar a toda la raza caída de Adán porque todos los hombres son caídos en Adán, redimidos en Cristo y se benefician de las oraciones por ellos. Esta es la doctrina de Pablo en su directorio de oración en **1 Tim. 2:1**:

“Exhorto, por tanto, a que, ante todo, las súplicas, las oraciones, las intercesiones y la entrega de gracias sean dadas por todos los hombres.”

Por lo tanto, existe una fuerte justificación bíblica para alcanzar y abrazar a todos los hombres en nuestras oraciones, ya que no solo se nos ordena orar por ellos, sino que la razón dada es que Cristo se dio a sí mismo como rescate por todos los hombres, y todos los hombres son beneficiarios provisionales de la muerte expiatoria de Jesucristo.

Pero finalmente, y más extensamente, la oración tiene un lado universal en el sentido de que se debe orar por todas las cosas que nos conciernen, mientras que todas las cosas que son para nuestro bien, físico, social, intelectual, espiritual y eterno, son objeto de oración. Sin embargo, antes de considerar esta fase de la oración, detengámonos y consideremos de nuevo la oración universal para todos los hombres. Como una clase especial por la que se debe orar, podemos mencionar a los que tienen control en el estado o que gobiernan en la Iglesia. La oración tiene poderosas potencias. Hace buenos gobernantes y los hace mejores gobernantes. Restringe a los sin ley y a los despóticos. Se debe orar por los gobernantes. No están fuera del alcance y control de la oración, porque no están fuera del alcance y control de Dios. El malvado Nerón estaba en el trono de Roma cuando Pablo escribió estas palabras a Timoteo instando a orar por los que estaban en autoridad.

Los labios cristianos deben exhalar oraciones por los gobernantes crueles e infames en el estado, así como por los gobernadores y príncipes justos y benignos. La oración debe ser tan amplia como la carrera, “por todos los hombres”. La humanidad debe cargar nuestros corazones mientras oramos, y todos los hombres deben ocupar nuestros pensamientos en acercarse a un trono de gracia. En nuestras horas de oración, todos los hombres deben tener un lugar. Las carencias y aflicciones de toda la raza han de ensanchar y hacer más tiernas nuestras simpatías e inflamar nuestras peticiones.

Ningún hombrecito puede orar. Ningún hombre con una visión estrecha de Dios, de Su plan para salvar a los hombres y de las necesidades universales de todos los hombres, puede orar con eficacia. Se necesita un hombre de mente amplia, que entiende a Dios y sus propósitos en la expiación, para orar bien. Ningún cínico puede orar. La oración es la filantropía más divina, así como la gran generosidad de corazón. La oración proviene de un gran corazón, lleno de pensamientos sobre todos los hombres y de simpatía por todos los hombres.

La oración corre paralela a la voluntad de Dios, *“quien quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”*.

La oración llega hasta el cielo y trae el cielo a la tierra. La oración tiene en sus manos una doble bendición. Recompensa al que ora y bendice al que se ora. Trae paz a las pasiones en conflicto y calma los elementos en conflicto. La tranquilidad es el fruto feliz de la verdadera oración. Hay una calma interior que llega al que ora y también una

calma exterior. La oración crea “vidas tranquilas y apacibles con toda piedad y honestidad”.

La oración correcta no solo hace que la vida sea hermosa en paz, sino que también fragante en justicia y poderosa en influencia. La honestidad, la seriedad, la integridad y el peso en el carácter son los frutos naturales y esenciales de la oración.

Es esta clase de oración mundial, generosa y desinteresada la que agrada mucho a Dios, y que es aceptable a Sus ojos, porque coopera con Su voluntad y fluye en corrientes llenas de gracia hacia todos los hombres y hacia cada hombre. Es esta clase de oración la que hizo el hombre Cristo Jesús cuando estuvo en la tierra, y la misma clase de oración que está haciendo ahora a la diestra de Su Padre en el cielo, como nuestro Poderoso Intercesor. Él es el modelo de oración. Él está entre Dios y los hombres, el único Mediador, que se dio a sí mismo en rescate por todos los hombres, y por cada hombre.

Así es que la verdadera oración se une a la voluntad de Dios y corre en corrientes de solicitud, compasión e intercesión por los hombres. Así como Jesucristo murió por cada uno de los involucrados en la caída, así la oración ciñe a cada uno y se entrega en beneficio de cada uno. Como nuestro único Mediador entre Dios y el hombre, el que ora está a medio camino entre Dios y el hombre, con oraciones, súplicas, “y fuertes clamores y lágrimas”. La oración tiene en sus manos los movimientos de la raza humana y abarca los destinos de los hombres por toda la eternidad. Tanto el rey como el mendigo se ven afectados por ella. Toca el cielo y mueve la tierra. La oración une la tierra con el cielo y pone el cielo en estrecho contacto con la tierra.

*“Tus guías y hermanos están para siempre en tu mente;
Extiende los brazos de la poderosa oración Para abarcar a toda la humanidad.”*

XIII. ORACIÓN Y MISIONES

“Un día, a esta hora, escuché un balido inusual entre las pocas cabras que me quedaban, como si las estuvieran matando o torturando. Corrí a la casa de las cabras y me encontré instantáneamente rodeado por una banda de hombres armados. La trampa me había atrapado, sus armas estaban levantadas y esperaba morir al momento siguiente. Pero Dios me movió a hablarles con firmeza y bondad; Les advertí de su pecado y su castigo; Les mostré que sólo mi amor y piedad me llevaban a quedarme allí buscando su bien, y que si me mataban mataban a su mejor amigo.

Además, les aseguré que no tenía miedo de morir, porque al morir mi Salvador me llevaría al cielo y sería mucho más feliz que en la tierra; y que mi único deseo de vivir era hacerlos felices enseñándoles a amar a Jesucristo mi Señor. Entonces levanté mis manos y ojos al cielo y oré en voz alta para que Jesús bendijera a todos mis tanneses y me protegiera o me llevara al cielo como Él viera que era lo mejor. Uno tras otro se me escapó y Jesús los detuvo nuevamente. ¿Alguna vez una madre corrió más rápido para proteger a su hijo que lloraba en la hora del peligro que el Señor Jesús se apresura a responder la oración de fe y enviar ayuda a Sus siervos en Su propio tiempo y manera, en la medida en que sea para su bien y Su gloria? ”—John G. Paton

Las misiones significan dar el Evangelio a aquellos de la raza caída de Adán que nunca han oído hablar de Cristo y su muerte expiatoria. Significa dar a otros la oportunidad de escuchar acerca de la salvación a través de nuestro Señor Jesucristo, y permitir que otros tengan la oportunidad de recibir y aceptar las bendiciones del Evangelio, tal como lo tenemos en las tierras cristianizadas. Significa que aquellos que disfrutan de los beneficios del Evangelio otorgan estas mismas ventajas religiosas y privilegios evangélicos a toda la humanidad.

La oración tiene mucho que ver con las misiones. La oración es la sierva de las misiones. El éxito de todo verdadero esfuerzo misionero depende de la oración. La vida y el espíritu de las misiones son la vida y el espíritu de la oración. Tanto la oración como las misiones nacieron en la Mente Divina. La oración y las misiones son íntimas compañeras. La oración crea y hace que las misiones tengan éxito, mientras que las misiones se apoyan fuertemente en la oración. En el Salmo 72, que trata del Mesías, se afirma que “se orará por él continuamente”. Se oraría por Su venida para salvar al hombre, y se oraría por el éxito del plan de salvación que Él vendría a poner en marcha.

El Espíritu de Jesucristo es el espíritu de las misiones. Nuestro Señor Jesucristo fue él mismo el primer misionero. Su promesa y advenimiento compusieron el primer movimiento misionero. El espíritu misionero no es simplemente una fase del Evangelio,

no es un mero rasgo del plan de salvación, sino que es su mismo espíritu y vida. El movimiento misionero es la Iglesia de Jesucristo marchando en formación militante, con el designio de poseer todo el mundo de la humanidad para Cristo. Quien es tocado por el Espíritu de Dios es encendido por el espíritu misionero. Un cristiano antimisionero es una contradicción en los términos. Podríamos decir que sería imposible ser un cristiano antimisionero por la imposibilidad de las fuerzas divinas y humanas de poner a los hombres en un estado tal que no los alinee con la causa misionera. El impulso misionero es el latido del corazón de nuestro Señor Jesucristo, enviando las fuerzas vitales de Él mismo por todo el cuerpo de la Iglesia. La vida espiritual del pueblo de Dios sube o baja con la fuerza de esos latidos del corazón. Cuando estas fuerzas vitales cesan, sobreviene la muerte.

De modo que las Iglesias antimisioneras son Iglesias muertas, así como los cristianos antimisioneros son cristianos muertos.

La artimaña más astuta de Satanás, si no puede impedir un gran movimiento para Dios, es corromper el movimiento. Si puede poner el movimiento en primer lugar y el espíritu del movimiento en segundo plano, ha materializado y corrompido completamente el movimiento. Sólo la oración poderosa evitará que el movimiento se materialice y mantendrá el espíritu del movimiento fuerte y controlador.

La clave de todo éxito misionero es la oración. Esa llave está en manos de las iglesias locales. Los trofeos ganados por nuestro Señor en tierras paganas serán ganados por misioneros que oran, no por trabajadores profesionales en tierras extranjeras. Más especialmente, este éxito se obtendrá mediante la oración santa en las iglesias del hogar. La iglesia local de rodillas, ayunando y orando, es la gran base de suministros espirituales, los nervios de la guerra y la prenda de la victoria en este terrible y final conflicto. Los recursos financieros no son los verdaderos nervios de la guerra en esta lucha. La maquinaria en sí misma no tiene poder para derribar muros paganos, abrir puertas eficaces y ganar corazones paganos para Cristo. Sólo la oración puede hacer la acción.

Aarón y Hur no dieron la victoria a Israel por medio de Moisés con mayor seguridad que una iglesia que ora por medio de Jesucristo dará la victoria en cada campo de batalla en las tierras paganas. Es tan cierto en los campos extranjeros como lo es en los países de origen. La iglesia que ora gana el concurso. La iglesia local ha hecho una cosa

insignificante cuando ha proporcionado el dinero para establecer misiones y apoyar a sus misioneros. El dinero es importante, pero el dinero sin oración es impotente ante la oscuridad, la miseria y el pecado en tierras no cristianizadas. El dar sin oración engendra esterilidad y muerte.

La mala oración en casa es la solución de los malos resultados en el campo exterior. Dar sin orar es el secreto de todas las crisis en los movimientos misioneros de la época, y es la ocasión de la acumulación de deudas en las juntas misioneras.

Está bien exhortar a los hombres a dar de sus medios a la causa misionera. Pero es mucho más importante animarlos a dar sus oraciones al movimiento. Las misiones extranjeras necesitan, hoy, más el poder de la oración que el poder del dinero. La oración puede hacer avanzar incluso la pobreza en la causa misionera en medio de dificultades y obstáculos. Mucho dinero sin oración es impotente e impotente frente a la total oscuridad, el pecado y la miseria en el campo extranjero.

Esta es una era peculiarmente misionera. El cristianismo protestante se agita como nunca antes en la línea de agresión en tierras paganas. El movimiento misionero ha tomado proporciones que despiertan la esperanza, encienden el entusiasmo, y que exigen la atención, si no el interés, de los más fríos y exánimes. Casi todas las iglesias se han contagiado, y las velas de sus movimientos misioneros propuestos se abren ampliamente para atrapar las brisas favorables. Aquí está el peligro ahora mismo, que el movimiento misionero vaya por delante del espíritu misionero. Este ha sido siempre el peligro de la Iglesia, perder la sustancia en la sombra, perder el espíritu en el caparazón exterior, y contentarse con el mero desfile del movimiento, poniendo la fuerza del esfuerzo en el movimiento y no en el espíritu.

La magnificencia de este movimiento puede no sólo cegarnos a su espíritu, sino que el espíritu que debe dar vida y forma al movimiento puede perderse en la riqueza del movimiento como el barco, llevado por vientos favorables, puede perderse cuando estos vientos se hinchan hasta convertirse en tormenta.

No pocos de nosotros hemos escuchado discursos elocuentes y serios que enfatizan la necesidad imperiosa de dinero para las misiones donde hemos escuchado uno que enfatiza la necesidad imperiosa de la oración. Todos nuestros planes y dispositivos apuntan al único fin de recaudar dinero, no para vivificar la fe y promover la oración. La idea común entre los líderes de la Iglesia es que si recibimos el dinero, la oración vendrá

como algo natural. Lo contrario es la verdad. Si hacemos que la Iglesia se ocupe de la oración, y así aseguramos el espíritu de las misiones, lo más probable es que el dinero llegue como algo natural. Las agencias y las fuerzas espirituales nunca vienen como algo natural. Deberes y factores espirituales, dejados a la ley de "cuestión de curso", seguramente caerá y morirá. Solo las cosas que se enfatizan viven y gobiernan en el reino espiritual. Los que dan, no necesariamente rezarán. Muchos en nuestras iglesias son dadores liberales que se destacan por su falta de oración. Justo ahí radica uno de los males del movimiento misionero actual. Dar está completamente eliminado de la oración. La oración recibe poca atención, mientras que el dar se destaca de manera prominente. Los que verdaderamente oran serán movidos a dar. La oración crea el espíritu generoso.

Los que oran darán generosamente y con abnegación. El que entra en su aposento a Dios, también abrirá su bolsa a Dios. Pero el dar evaluaciones superficiales, a regañadientes, mata el espíritu mismo de la oración. Acentuar lo material en descuido de lo espiritual, por una ley inexorable retira y descuenta lo espiritual.

Es verdaderamente maravilloso el gran papel que juega el dinero en los movimientos religiosos modernos, y lo poco que juega la oración en ellos. En marcado contraste con esa afirmación, es maravilloso el poco papel que jugó el dinero en el cristianismo primitivo como factor en la difusión del Evangelio, y el maravilloso papel que jugó la oración en ello.

La gracia de dar no se cultiva en ninguna parte para un crecimiento más rico que en el armario. Si todas nuestras juntas y secretarías misioneras se convirtieran en bandas de oración, hasta que les sobreviniera la agonía de la verdadera oración y el trabajo con Cristo por un mundo que perece, las propiedades inmobiliarias, las acciones bancarias y los bonos de los Estados Unidos estarían en el mercado para la difusión del evangelio de Cristo. Evangelio entre los hombres. Si prevaleciera el espíritu de oración, las juntas misioneras cuyos miembros individuales valen millones, no estarían tambaleándose bajo una carga de deudas y las grandes iglesias no tendrían un déficit anual y quejas, rencores y presiones anuales para pagar una contribución miserable para apoyar un simple puñado de misioneros, con la humillación adicional de debatir la cuestión de retirar a algunos de ellos. El progreso del reino de Cristo está encerrado en el armario de la oración por Cristo mismo, y no en la caja de con El profeta Isaías, mirando a través de los siglos con la visión de un vidente, expresa así su propósito de continuar en oración y

no dar descanso a Dios hasta que el reino de Cristo se establezca entre los hombres: “Por amor de Sion no callaré, y por Jerusalén . por amor no descansaré hasta que su justicia salga como resplandor, y su salvación como una lámpara que se encienda.”

Luego, prediciendo el éxito final de la Iglesia cristiana, habla así:

“Y verán las naciones tu justicia, y todos los reyes tu gloria, y te será puesto un nombre nuevo, que la boca de Jehová nombrará.”

Entonces el mismo Señor, por boca de este profeta evangélico, declara lo siguiente:

“He puesto centinelas sobre tus muros, oh Jerusalén, que nunca callarán, de día ni de noche. Vosotros que hacéis memoria del Señor, no guardéis silencio. Y no le deis descanso hasta que establezca y hasta que haga de Jerusalén una alabanza en la tierra.”

En el margen de nuestra Biblia, dice: “*Vosotros que sois los recordadores del Señor*”. La idea es que estos que oran son los que recuerdan al Señor, los que le recuerdan lo que ha prometido y no le dan descanso hasta que la Iglesia de Dios se establezca en la tierra.

Y una de las principales peticiones en el Padrenuestro trata con esta misma cuestión del establecimiento del reino de Dios y el progreso del Evangelio en la breve y enérgica petición, “*Venga tu reino*”, con las palabras añadidas, “*Hágase tu voluntad en la tierra como se hace en el cielo.*”

El movimiento misionero en la Iglesia Apostólica nació en un ambiente de ayuno y oración. El mismo movimiento que buscaba ofrecer las bendiciones de la Iglesia Cristiana a los gentiles estaba en la azotea en la ocasión en que Pedro subió allí a orar, y Dios le mostró Su Propósito divino de extender los privilegios del Evangelio a los gentiles y derribar la pared intermedia de separación entre judíos y gentiles.

Pero más específicamente, Pablo y Bernabé fueron definitivamente llamados y apartados para el campo misionero en Antioquía cuando la Iglesia allí había ayunado y orado. Fue entonces cuando el Espíritu Santo respondió desde el cielo: “*Apártenme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado*”.

Tenga en cuenta que este no fue el llamado al ministerio de Pablo y Bernabé, sino más particularmente su llamado definitivo al campo extranjero. Pablo había sido llamado al

ministerio años antes de esto, incluso en su conversión. Este fue un llamado posterior a un trabajo nacido de la oración especial y continuada en la Iglesia de Antioquía. Dios llama a los hombres no sólo al ministerio sino a ser misioneros. La obra misional es la obra de Dios. Y son los hombres llamados por Dios quienes deben hacerlo. Estos son la clase de misioneros que han trabajado bien y con éxito en el campo extranjero en el pasado, y la misma clase hará la obra en el futuro, o no se hará.

Son misioneros que oran los que se necesitan para la obra, y es una iglesia que ora la que los envía, que son profecías del éxito que se promete. El tipo de religión que deben exportar los misioneros es el de la oración. La religión a la que se convertirá el mundo pagano es una religión de oración y una religión de oración al Dios verdadero. El mundo pagano ya reza a sus ídolos y dioses falsos. Pero deben ser enseñados por misioneros que oran, enviados por una Iglesia que ora, a desechar sus ídolos y comenzar a invocar el nombre del Señor Jesucristo. Ninguna iglesia sin oración puede transportar a tierras paganas una religión que ora. Ningún misionero sin oración puede hacer que los ídólatras paganos que no conocen a nuestro Dios se arrodillen a la oración verdadera hasta que llegue a ser un hombre preeminentemente de oración. Así como se necesitan hombres que oren en casa para hacer la obra de Dios, no obstante se necesitan misioneros que oren para traer a la luz a aquellos que se sientan en la oscuridad.

Los misioneros más destacados y exitosos han sido eminentemente hombres de oración. David Livingstone, William Taylor, Adoniram Judson, Henry Martyn y Hudson Taylor, junto con muchos más, forman un grupo de hombres de oración ilustres cuya huella e influencia aún perduran donde trabajaron. No se necesita a ningún hombre sin oración para este trabajo. Por encima de todo, la principal cualificación de todo misionero es la oración. Que sea, ante todo, un hombre de oración. Y cuando llegue el día de la coronación, y se elaboren los registros y se lean en el gran día del juicio, entonces se verá cuán bien trabajaron los hombres de oración en los duros campos del paganismo, y cuánto se les debió al sentar las bases del cristianismo. en esos campos.

La única condición que debe dar poder mundial a este Evangelio es la oración, y la difusión de este Evangelio dependerá de la oración. La energía que iba a darle un impulso maravilloso y un poder conquistador sobre todos sus enemigos malignos y poderosos es la energía de la oración.

Las fortunas del reino de Jesucristo no se hacen por la debilidad de sus enemigos. Son fuertes y amargos y siempre han sido fuertes y siempre lo serán. Pero la oración poderosa: esta es la única gran fuerza espiritual que permitirá al Señor Jesucristo entrar en plena posesión de Su reino, y asegurar para Él a los paganos como Su herencia, y los confines de la tierra para Su posesión.

Es la oración lo que le permitirá quebrantar a Sus enemigos con una vara de hierro, lo que hará temblar a estos enemigos en su orgullo y poder, que no son más que frágiles vasijas de alfarero, para ser quebradas con un golpe de Su mano. Una persona que puede orar es el instrumento más poderoso que Cristo tiene en este mundo. Una Iglesia que ora es más fuerte que todas las puertas del infierno.

El decreto de Dios para la gloria del reino de Su Hijo depende de la oración para su cumplimiento: “Pídemelo, y te daré por heredad las naciones, y lo último de la tierra por heredad tu posesión.” Dios Padre no da nada a Su Hijo sólo a través de la oración. Y la razón por la cual la Iglesia no ha recibido más en la obra misionera en la que está comprometida es la falta de oración. “No tenéis, porque no pedís.”

Toda dispensación que prefigura la venida de Cristo cuando el mundo haya sido evangelizado, al final de los tiempos, descansa sobre estas disposiciones constitucionales, el decreto de Dios, sus promesas y oración.

Por muy lejos que esté ese día de victoria por la distancia o el tiempo, o por la lejanía de tipo sombrío, la oración es la condición esencial sobre la cual la dispensación se vuelve fuerte, típica y representativa.

Desde Abraham, el primero de la nación de los israelitas, el amigo de Dios, hasta esta dispensación del Espíritu Santo, esto ha sido cierto.

*“¡Las naciones llaman! De Mar a mar
Extiende el grito conmovedor,
'Pasad, cristianos, si los hay, y ayúdanos,
antes de que muramos.'*

*“Nuestros corazones, oh Señor, sienten el llamado;
Deja que la mano y el corazón se combinen,*

*Y responde al llamado del mundo,
Dando 'eso es tuyo'".*

El plan de nuestro Señor para asegurar obreros en el campo misionero extranjero es el mismo plan que puso en marcha para obtener predicadores. Es por el proceso de orar. Es el plan de oración a diferencia de todos los planes hechos por el hombre. Estos obreros misioneros deben ser “hombres enviados”. Dios debe enviarlos. Son llamados por Dios, divinamente movidos a esta gran obra. Están interiormente movidos a entrar en los campos de cosecha del mundo y recoger gavillas para los graneros celestiales. Los hombres no eligen ser misioneros más de lo que eligen ser predicadores. Dios envía obreros a Su campo de cosecha en respuesta a las oraciones de Su iglesia. Aquí está el plan Divino tal como fue establecido por nuestro Señor:

“Pero cuando vio las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban desfallecidas y eran como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, más los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.”

Es el negocio de la iglesia local hacer la oración. Es asunto del Señor llamar y enviar a los obreros. El Señor no hace la oración. La Iglesia no hace el llamado. Y así como las compasiones de nuestro Señor se despertaron al ver multitudes cansadas, hambrientas y dispersas, expuestas a males, como ovejas sin pastor, así siempre que la Iglesia tiene ojos para ver las vastas multitudes de los habitantes de la tierra, descendientes de Adán, cansado de alma, viviendo en tinieblas, y miserable y pecador, será movido a compasión, y comenzará a rogar al Dueño de la mies que envíe obreros a Su mies.

Los misioneros, como los ministros, nacen de personas que oran. Una iglesia que ora engendra obreros en los campos de cosecha del mundo. La escasez de misioneros argumenta una iglesia que no ora. Está bien enviar hombres capacitados al campo extranjero, pero ante todo deben ser enviados por Dios. El envío es fruto de la oración. Así como los hombres de oración son la ocasión de enviarlos, los obreros a su vez deben ser hombres de oración. Y la misión principal de estos misioneros que oran es convertir a hombres paganos que no oran en hombres que oran. La oración es la prueba de su llamado, sus credenciales divinas y su trabajo.

El que no es un hombre de oración en casa necesita la aptitud para convertirse en un trabajador misionero en el extranjero. El que no tiene el espíritu que lo mueve hacia los

pecadores en casa, difícilmente tendrá un espíritu de compasión por los pecadores en el exterior. Los misioneros no están hechos de hombres que fracasan en el hogar. El que va a ser un hombre de oración en el extranjero debe, ante todo, ser un hombre de oración en su iglesia local. Si no se dedica a apartar a los pecadores de sus caminos sin oración en el hogar, difícilmente logrará apartar a los paganos de sus caminos sin oración. En otras palabras, se requieren las mismas calificaciones espirituales para ser un trabajador a domicilio que para ser un trabajador extranjero.

Dios, a Su manera, en respuesta a las oraciones de Su Iglesia, llama a los hombres a Sus campos de cosecha. Triste será el día en que las Juntas Misioneras y las Iglesias pasen por alto ese hecho fundamental y envíen a sus propios hombres escogidos independientes de Dios.

¿Es mucha la cosecha? ¿Son pocos los trabajadores? Entonces *“rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies”*. ¡Oh, que una gran ola de oración inunde a la Iglesia pidiéndole a Dios que envíe un gran ejército de trabajadores a los campos necesitados de la tierra! No hay peligro de que el Señor de la mies envíe demasiados trabajadores y abarrote los campos. El que llama ciertamente proveerá los medios para sostener a aquellos a quienes llama y envía.

La única gran necesidad en el movimiento misionero moderno son los intercesores. eran escasos en los días de Isaías. Esta fue su denuncia:

“Y vio que no había nadie, y se maravilló de que no hubiera intercesor”.

Así que hoy hay gran necesidad de intercesores, primero, por los campos de mies necesitados de la tierra, nacidos de una compasión de Cristo por los miles sin Evangelio; y luego intercesores para que Dios envíe obreros a los campos necesitados de la tierra.

Índices

Índice de referencias bíblicas

Salmos 67, 72

Isaías 40:31

Mateo 9

Lucas 1:74; 18:14; 22:40-44

Romanos 5:3; 15:30

2 Corintios 11:23-33

Gálatas 6:1

2 Tesalonicenses 3:1

1 Timoteo 2:1

Hebreos 5:7

Revelación 24:8